

Proyecto para la formación de

Comunidades Integrales Revolucionarias

José F. E. Maenza

Índice

Prólogo

Contexto

Sobre nuestra estrategia

¿Qué es una Comunidad integral revolucionaria?

Autoconstrucción junto a nuestros iguales

Acerca del amor y el espíritu de comunalidad

La familia

Sin esfuerzo y trabajo nada se puede hacer

El combate

¿Precisamos tener metas trascendentes?

Mejor vida local y comarcal, en armonía con la naturaleza

Acordemos un Pacto

Periodo de prueba

Apuntes sobre organización y algunas orientaciones generales

Otras propuestas adicionales

“Quienes viven para lo agradable, lo cómodo, lo fácil, lo placentero, lo cotidiano, lo ya posible y lo “práctico”, para lo no comprometido, no arriesgado, no peligroso y no problemático son esclavos con mentalidad de esclavos que se merecen ser esclavos.”

Félix Rodrigo Mora

“Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente”.

Romanos 12:2

“La soledad es finitud y limitación; la comunidad es libertad e infinitud.”

Ludwig Feuerbach

Prólogo

Este texto se publica de manera gratuita y desinteresada a conciencia. Incluso, se podría afirmar que ponerle un precio sería minusvalorarlo.

No todo tiene precio. Es más, por lo general aquello que tiene precio en el fondo no posee valor.

Además, un servidor espera que este escrito llegue al máximo número de personas posible; a personas del Pueblo. Quien se considere parte de la élite, o le gustaría serlo, poco o nada encontrará provechoso.

La naturaleza del Proyecto en sí es ante todo preparatoria. A pesar de que contiene una fracción importante de elementos prácticos, su esencia es inspiradora. Pretende estimular un nuevo movimiento histórico de carácter comunitario-colectivista. Pretende servir como fase previa necesaria, en la cual se reflexiona y planea cómo se puede materializar hoy día una revolución comunal, del amor, e integral.

En la historia universal, y en la nuestra peninsular, tenemos diversos ejemplos de revoluciones similares; que han inspirado en parte esta obra. Ergo lo que se expone en ésta no es nada especialmente insólito ni original.

Con el propósito de analizar dichas revoluciones, así como suplementar este Proyecto, un servidor decidió elaborar un Prefacio extenso que lo complementara. El cual he elaborado junto a mi amigo Félix Rodrigo Mora.

Así que de manera paralela, debido asimismo a su profusa extensión, el Prefacio y este Proyecto se han publicado conjuntamente como libro en papel bajo el título *Vida comunal y transformación. La Comunidad Integral Revolucionaria*.

Mas el presente texto por sí mismo contiene numerosos ingredientes inspiradores. Suficientes para proyectar desde ya la constitución de esa vida comunitaria que tanto precisamos.

Puesto que, como se argumenta a continuación, es la vía más factible para transformar el mundo; y, por ende, para salvarlo.

Contexto

Vivimos una realidad que sobrepasa la peor de las distopías. A nivel mundial se ha lanzado una operación política, policial y sanitaria para generar un *shock* colectivo. Las élites poderhabientes, gracias al subterfugio del COVID-19, han llevado a cabo una intervención total de ingeniería social.

Como resultado, el miedo eclipsa las mentes y corazones de la gente común. Y lo peor de todo es que se ha multiplicado algo que ya existía en cierto grado, el distanciamiento del prójimo. Pero una sociedad de seres atomizados, asustados, solitarios y enfrentados entre ellos está condenada a un final trágico.

Con anterioridad las personas del Pueblo ya estábamos acobardadas. Nos habíamos vuelto indiferentes ante las injusticias, fechorías y atrocidades que cometen los de arriba a causa de sus ansias de poder. No nos atrevíamos a hablar, pues existen leyes e instrumentos que persiguen la libertad de expresión; asimismo se habían creado ideologías y grupos fanáticos que persiguen a los librepensadores, a la vez que se llevan a cabo persecuciones, torturas, secuestros e incluso asesinatos de disidentes. Por añadidura, debido a nuestro temor y conformismo, renunciamos a pensar; más aún, las élites se encargaron de dinamitar nuestra capacidad reflexiva a través de, entre otras vías, el sistema educativo y los medios de manipulación de masas. En consecuencia, casi nadie actúa desde ni por sí mismo.

Los poderhabientes en el Estado-nación español, como en los demás, que son ante todo estatales (militares, policiales, ministeriales y judiciales), saben que el miedo paraliza. Por ello han lanzado esta última campaña de terror *coronavírico*. Ahora van a ser capaces de implementar nuevas medidas reformadoras, puesto que las sociedades actuales se están desintegrando y necesitan más que nunca cirugía a gran escala.

Empero, para su desgracia y nuestra fortuna, no les servirá de mucho. La tendencia destructiva, y autodestructiva, va a continuar; dado que la destrucción es la esencia misma de las sociedades de la modernidad. Vivimos en sociedades que maximizan la búsqueda de poder, de ahí que sean hiperjerarquizadas. Los individuos con poder, las élites, siempre buscan mantenerlo e incrementarlo, a costa del resto de personas y la naturaleza.

Por lo cual, obviamente, nunca cederán altruistamente sus ventajas o privilegios para el bien ajeno, sino todo lo contrario. En todo momento persiguen maximizar su poder. Con que los sistemas y estructuras sociales hodiernas son rígidas e irreformables; luego las crisis han venido para quedarse.

Estas crisis se deben en primer lugar al colapso del sujeto que las mismas élites han causado. Una devastación de la persona común cuyas principales razones son: la subyugación total que sufre la libertad individual (política, civil y de conciencia); el odio interpersonal, la soledad y el auto-odio, impuestos desde arriba; la desaparición de la inteligencia, pues la estupidez se traduce en masedumbre; la incapacidad para el esfuerzo y resistir los sufrimientos; la

desespiritualización, apoyada en el cientifismo, el hedonismo y los orientalismos; y la cobardía, enemiga de la libertad, el amor, la verdad y la virtud.

Así mismo, los poderhabientes han creado unos estados tan hipertrofiados que se están viniendo abajo por su propio peso. Esto no debe sorprendernos, ya que un cuidadoso análisis histórico nos muestra esta ley cuasi determinista: todas las sociedades conocidas que han sufrido la aparición y desenvolvimiento de un Estado, han desaparecido víctimas de éste.

Este fatídico desenlace se ha debido a dos factores centrales, con distinta significación en cada caso particular: 1) la devastación por sobreexplotación de las personas-súbditos; y 2) la devastación por sobreexplotación de los ecosistemas naturales.

Ambas, la gente común y la naturaleza, sostienen las estructuras de poder de las minorías dominantes. Y lo hacen hasta que alcanzan su límite; un punto de inflexión crítico y catastrófico. Un punto en el que dichas sociedades colapsan por lo general de manera irreversible.

Por consiguiente, es razonable que ahora, cuando las cotas de aniquilamiento han sido mayores que nunca, el derrumbe sea calamitoso. Un derrumbe ya plenamente manifiesto, patente en las catástrofes demográficas (las más preocupantes en Estados como el español), ecológicas, sanitarias, agrícolas, axiológicas, económicas, energéticas y sociales.

Amén de resultar ineluctable, puesto que dichas catástrofes son irresolubles; al menos desde los paradigmas actuales. Es decir, imposibles de enmendar si se pretende mantener las mismas estructuras político-económico-sociales, cosmovisión, aculturación, disvalores y ausencia de idea del sujeto.

Para el caso de Europa, la Península ibérica inclusive, la situación es y será peliaguda. La posición privilegiada que ocupaban en los siglos XVIII, XIX y XX las potencias europeas a nivel mundial ha desaparecido. En las últimas décadas han surgido nuevas potencias militares, políticas y económicas, sobre todo en Asia, las cuales están compitiendo por los mismos recursos y cuotas de mercado. Una lucha feroz en la que solo permanece EEUU como potencia occidental hegemónica. De tal forma que Europa se está quedando atrás; y esta circunstancia se suma a las propias crisis sistémicas.

¿Significa esto que es fútil cualquier esperanza? En absoluto. Este momento crítico puede convertirse en un punto de inflexión. El comienzo de su caída y el inicio de nuestro ascenso. El fin del Estado y toda élite despótica. El surgimiento de sociedades y Pueblos organizados horizontalmente, donde el poder esté igualitariamente repartido y las aldeas-municipios sean omnisoberanos.

La coyuntura presente ha de suponer el principio de una transformación integral del sujeto y la sociedad. Ante la extinción programada del individuo, nos marcamos la autoconstrucción como primera y máxima tarea. Y, como seres sociales que somos, nos esforzaremos por edificar relaciones y estructuras convivenciales horizontales basadas en valores verdaderamente humanos. Esta conjunción revolucionaria sujeto-comunidad, si nos esforzamos lo suficiente, podrá instituir en un futuro la soberanía de los Pueblos y sus gentes.

Sobre nuestra estrategia

Nuestra meta y principio fundamental estratégico tiene que ser nítido, objetivo y concreto. Se puede definir así: constituir una sociedad asamblearia, comunal, miliciana, axiológica, convivencial y centrada en lo local-comarcal (aunque sin olvidar lo *poblacional* ni lo *interpoblacional*), donde el sujeto pueda autoconstruirse y ser por sí en libertad. Por tanto, hemos de erradicar el Estado.

Si no tenemos clara esta idea, estamos perdidos. Necesitamos conocer nuestro objetivo. Lo mismo que trabajar y luchar hasta conseguirlo.

Una vez logrado, de igual forma habrá que esforzarse y combatir por preservar lo alcanzado; así como mejorar, dado que no existe el paraíso terrenal. Nunca alcanzaremos un punto de llegada idílico; nunca a nivel individual ni social lograremos la perfección.

Aunque, en un futuro hipotético, se constituya una sociedad popular asamblearia, miliciana y comunal, siempre habrá riesgos internos, verbigracia el resurgimiento del Estado como sucedió en la Alta Edad Media ibérica, y riesgos externos, como pueden ser amenazas e invasiones de Estados imperialistas extranjeros.

Respecto a la plausibilidad que acontezca un cambio civilizador, no caben fraudes ni autoengaños. Para que triunfe la revolución, como dice Félix Rodrigo Mora, han de concurrir *“las condiciones objetivas y el factor transformador subjetivo”*. O sea, el colapso del Estado al tiempo que exista un Pueblo organizado democráticamente con la capacidad de autogobernarse y con una cosmovisión transformadora.

Esta conjunción ha sucedido en múltiples ocasiones a lo largo de la historia conocida, por lo que en el presente únicamente hemos de reinventar la revolución conforme a nuestras circunstancias históricas. Más aún, procurar hacerlo de tal manera que permita revertir el triunfo del Estado de los últimos 500 años e iniciar una etapa de triunfo del Pueblo-Pueblos.

A fin de alcanzar dicha meta principal es necesario atravesar un proceso. Uno basado en la edificación del tejido revolucionario, en la conformación de una nueva sociedad, a la vez que en la destrucción del Estado. Esto es, una “guerra” con unas características determinadas. Las características primordiales son: 1) Será un enfrentamiento prolongado, de hecho muy prolongado debido al abismal desequilibrio de fuerzas; 2) sobre todo en la primera etapa, estará marcado por crisis y un declive económico, político, cultural, energético, ecológico y del sujeto, así como un colapso demográfico; 3) en nuestro caso contra el Estado español, existen diversos Pueblos con culturas y lenguas propias, lo que debería favorecer los intereses transformadores; 4) al plantear un combate “guerrillero” de milicias populares contra un Estado moderno, aumenta de forma inaudita la complejidad; 5) la geografía ibérica, tan irregular y montañosa, facilita la guerra de guerrillas, es decir, el Pueblo en armas; 6) a nivel interno, de momento no existen fuerzas revolucionarias con las que cooperar, si bien puede que surjan con el tiempo; 7) a nivel externo, será muy difícil que los Pueblos ibéricos reciban cualquier ayuda a corto-medio plazo, pues prácticamente todos los actores internacionales son

Estados imperialistas, aunque las dinámicas geoestratégicas siempre ofrecen ciertas oportunidades.

Estas circunstancias se mantendrán bastante tiempo, mas algunas mutarán. Y conforme cambien, la evolución de los acontecimientos nos forzará a renovar y actualizar nuestro planteamiento estratégico. Pero delimitarlas ahora nos sirve para definir una estrategia concreta; lo cual es imperativo.

Además, para cada etapa de la estrategia general habrá que elaborar una estrategia específica. Lo mismo que, dentro de esa estrategia específica para cada etapa, habrá que elaborar una estrategia particular para cada plan, proyecto, campaña, batalla, etc.

La estrategia general debe plantearse en tres etapas: 1) la defensiva estratégica; 2) la de consolidación-equilibrio; 3) y la de contraofensiva estratégica. Todas son igual de importantes para la consecución de nuestro objetivo.

La primera se denomina defensiva estratégica o activa puesto que a las gentes revolucionarias nos es imposible combatir materialmente al Estado, que no objetivamente. Combatimos por otros medios. En esta etapa se trata de: expandir y materializar la cosmovisión transformadora; sobrevivir y prosperar ante las progresivas tribulaciones; multiplicar nuestras fuerzas; reconstruir e impulsar el mundo rural; ganar cariño y apoyo popular; llevar a cabo el combate de ideas; así como realizar actos de resistencia y sabotaje. Este periodo se prolongará hasta que nuestras fuerzas y el resto de fuerzas revolucionarias, sobre todo las humanas, sean suficientemente potentes. Más adelante nos centraremos en estudiar esta etapa con mayor detalle, pues es la que nos toca vivir.

La segunda etapa es de consolidación y equilibrio. En la etapa anterior podríamos sufrir cierta represión, pero ahora que somos mayores supondremos una amenaza real para el "enemigo". Por esto debemos ir desarrollando nuestras capacidades de autodefensa y guerrilleras. Sin embargo, esta etapa sigue consistiendo en la defensa estratégica; si bien tendremos que preparar la ofensiva estratégica para la siguiente etapa, la tercera y última. Este será un periodo de: acumular fuerzas; expandir más la cosmovisión; mejora estratégica, táctica y operacional; seguir incrementando el apoyo popular; planear la contraofensiva; lo mismo que promover alianzas con otros actores. Las zonas rurales y montañosas deberán de ser las zonas base guerrilleras desde las que operar, aunque también habrá que guerrillear en las líneas interiores y retaguardia del enemigo. Se tendrá que definir nuestra organización miliciana de abajo arriba; serán precisas ciertas estructuras organizativas y dirección.

Esta etapa se extenderá hasta que nuestras fuerzas objetivas sean mayores que las del Estado. Quienes crean que esto es inalcanzable, están equivocados. En realidad todo depende del compromiso e implicación de la gente del Pueblo en la transformación. Si el Estado degenera lo suficiente y muestra sus verdaderos colores, más personas se sumarán al cambio rehumanizador. Y lo principal en la guerra, como en todo lo humano, son los individuos y su calidad. Así lo enunció el gran estratega Mao Tsetung: *"no sólo tenemos en cuenta las armas, sino también los hombres. Las armas son un factor importante en la guerra, pero no el decisivo. El factor decisivo es el hombre, y no las cosas."*

La tercera etapa es la de contraofensiva u ofensiva estratégica. Una vez que alcancemos la superioridad objetiva, hay que lanzar nuestro ataque. Este periodo puede ser el más corto, pero asimismo el más duro. Habrá que utilizar la guerra de movimientos puntualmente en lugar de la guerra de guerrillas, pero no al estilo tradicional. Lo primordial será aplicar la guerra de desgaste, como en las etapas anteriores, si bien cuando sea favorable aplicaremos la guerra de aniquilamiento.

Nunca formaremos ejércitos regulares, ya que son el germen del Estado; mas sí que tendremos que poseer una organización eficiente y una autodisciplina extraordinarias con el fin de concentrar nuestras fuerzas con vistas a vencer en algunas batallas y campañas. Como dijimos, nuestras bases y retaguardia serán las montañas; por lo que las del Estado serán las ciudades y el resto de sus bases fuertes. Nos centraremos en la estrategia de concentración/dispersión, en mantener la iniciativa por medio de la flexibilidad operacional, igual que en ejecutar batallas de decisión rápida.

Después de que hayamos vencido, las milicias que sean pertenecientes a una localidad o barrio, dependientes del concejo, pasaran a sus labores comunes de mantenimiento del orden público y autodefensa municipal. Las demás se disolverán.

Ahora estudiaremos en mayor detalle y profundidad la primera etapa estratégica. Para ello analizaremos por un lado las características primordiales del Estado español, sus ventajas y perjuicios, y por otro las características primordiales de los revolucionarios. No hay que ser pesimistas al respecto, ni tampoco optimistas. Lo correcto es analizar de manera lo más realista y objetiva posible la situación.

Las élites poderhabientes concentradas principalmente en el Estado han destrozado la demografía. Este hecho marcará de manera decisiva el futuro; supondrá una decadencia integral de la sociedad. Además, se suma al declive económico, político, tecnológico, cultural, moral, social y del sujeto. Todo lo cual puede favorecer la revolución, si sabemos aprovecharlo. Es cierto que, gracias al genocidio-etnocidio que las élites continúan realizando de los Pueblos autóctonos, en unas décadas las gentes ibéricas serán minoría; si bien una minoría sustancial. El factor decisivo será nuestra capacidad de denunciar y deslegitimar al Estado, a la par que sumar cada vez más personas, independientemente de su origen o etnia, a la revolución.

Ídem, el Estado cuenta con un poder militar, policial, económico, tecnológico y propagandístico-adoctrinador tremendos, que se verán parcialmente reducidos por las crisis múltiples, pero seguirá suponiendo un desequilibrio abrumador; lo que habrá que contrarrestar.

El ente estatal cuenta con un personal militar y policial mercenario, por consiguiente degradado, incompetente y poco fiable; el sujeto revolucionario autoconstruido junto a sus iguales es superior en compromiso, inteligencia, fortaleza y, en general, el resto de virtudes.

Al empeorar las crisis progresivamente, la presión, censura, opresión y avasallamiento sobre la sociedad se incrementarán, lo cual multiplicará el descontento, la aversión y el rechazo hacia el Estado. De modo que surgirán corrientes y movimientos rebeldes, reformistas, reaccionarios y, esperemos, otros revolucionarios. Luego se tornará perentorio establecer las estrategias

adecuadas para cada caso, o el Estado sí que lo hará y saldrá reforzado. No obstante, el miedo, que se está multiplicando en el presente, así como las demás herramientas ideológico-psicológicas de que se valen los poderhabientes, es un agente contrarrevolucionario de gran peso.

Según evolucione el declive del Estado español y el de la Unión Europea, aumentará el número e intensidad de las confrontaciones internacionales. Las guerras entre potencias imperialistas, entre Estados, les desgastan enormemente, lo que puede ser un factor determinante.

En cuanto a la revolución, el Pueblo se encuentra en las antípodas respecto al Estado. Éste es un monstruo titánico, mas en declive. Los revolucionarios somos pequeñas hormigas, mas con un potencial infinito. Ergo el trabajo, reflexión, esfuerzo, creatividad, valentía y sacrificio por nuestra parte tienen que ser colosales. Más aún cuando sabemos que la mera supervivencia se convertirá en un afanoso reto.

El Estado ha destruido toda cultura popular y erudita, dejando un vacío; mientras que nosotros recuperamos nuestra historia y culturas pasadas, al tiempo que aportamos creativamente nuevos elementos civilizadores y ofrecemos una cosmovisión integral rehumanizadora.

Así mismo, el ente estatal intenta fulminar por completo al sujeto y convertirle en un ser nada artificial hiperdocil, hecho que forzosamente genera cierto grado de oposición; por el contrario, el núcleo de nuestra cosmovisión es la autoconstrucción del individuo, lo que nos hará ganar fuerza en especial en sentido cualitativo.

Las élites, con su modelo tecno-urbano y sus ideologías como el feminismo, han aniquilado la natalidad, la naturaleza, la familia y todo vínculo humano natural, hecho que no lograrán revertir; en cambio, los revolucionarios podemos reconstruir las relaciones entre iguales, la ruralidad, e impulsar la natalidad.

Lo mismo con el trabajo, cada vez más inhumano, opresivo y aniquilador; al tiempo que rechazado. Nuestra propuesta transformadora plantea un trabajo libre, autónomo, colectivo y cooperativo; capaz de autosatisfacer gran parte de nuestras necesidades y provocar el hundimiento del capitalismo.

A más, la verdad como principio moral y epistemológico ha desaparecido; todo es propaganda, adoctrinamiento, trituración mental y amaestramiento. Empero, nosotros nos situamos del lado de la realidad, la reflexión y la objetividad finita, que ya es mucho; a la vez que abanderamos una ética y axiología civilizadoras. Esto nos beneficiará conforme el desarrollo de los acontecimientos desmonten los mitos y mentiras del sistema, igual que cuando degeneren por completo el pensamiento y las conductas.

El Estado es una estructura jerárquica y por ende muy ineficiente, lleno de contradicciones internas; las cuales, según demuestra la historia, terminan por hundirle. Si bien, en caso de no realizar el cambio civilizador, aparecerá otro nuevo Estado rápidamente. Mientras que nuestro proyecto transformador se fundamenta en la forma humana natural-estable de existencia y organización social, en equilibrio con la naturaleza; basada en la amistad, la familia extensa y la vecindad; cimentada en lo local y comarcal.

La estrategia adecuada para esta primera etapa comentamos que era de defensiva estratégica o activa. Por tanto, hasta que no acumulemos las fuerzas suficientes, debemos perseverar en ella. Dicha estrategia se compone de dos líneas primarias: crecer y combatir.

El crecimiento se requiere tanto en sentido cuantitativo como cualitativo. Como es lógico, precisamos expandir nuestra cosmovisión a un porcentaje de personas sustancial de la población; quizá, para el Estado español, alrededor de cien mil personas.

Al mismo tiempo nuestra fuerza se fundamenta en la calidad del sujeto, su autoconstrucción y construcción junto al prójimo; de ahí que recuperemos la idea clásica de *vencer por virtud*. Hemos de prosperar en calidad igual o más que en cantidad. Será prioritario autoformarse-formarse integralmente y desarrollar todo tipo de virtudes; desde las capacidades y conocimientos elementales para la supervivencia, pasando por aptitudes como la frugalidad, el esfuerzo, la sociabilidad o la valentía, hasta progresar nuestras facultades reflexivas, creativas y estratégicas.

Del mismo modo habrá que ir definiendo la *Propuesta para la formación de la nueva sociedad*, sobre la cual ya existen algunas certezas y muchas otras se acabarán de concretar. La meta final es presentar un *Pacto Fundacional* o *Contrato Social* que estructure la organización de la futura sociedad; edificada y autogobernada de abajo a arriba.

Así pues, necesitamos crecer en un contexto progresivamente más negativo, desfavorable, adverso, agresivo y hostil; por lo que la única vía plausible es hacerlo junto con nuestros iguales. La solidaridad, el compromiso, la cohesión, el apoyo mutuo, el sacrificio desinteresado, el desprendimiento, la interdependencia, la longanimidad y el espíritu de comunalidad son claves.

Las *Comunidades integrales revolucionarias* y otras formas comunitarias análogas (comunidades neorurales, fraternidades urbanas, cooperativas productivas y artesanales, colectivos autogestionados, asociaciones culturales y de apoyo mutuo, grupos de acción-reflexión, etc.) son el instrumento adecuado durante este periodo.

A través de éstas se materializa nuestra cosmovisión comunal-colectivista, erigiendo los cimientos de la futura sociedad. Tanto en la ciudad como en el campo, aunque con especial interés en reconstruir la ruralidad e ir convirtiéndonos en guerrilleros montañeses. No obstante, si por algún giro extraño del destino aparecieran zonas apartadas donde el Estado dejara de tener una presencia relevante, se podrían crear poblaciones con concejo omnisoberano, comunal y milicias concejiles guerrilleras. Ídem, será necesaria la creación de todo tipo de estructuras asociativas en la base, con perspectiva a que luego se estructuren en órganos de autogobierno popular.

Además, a nivel poblacional cada Pueblo deberá ir definiendo su propio Pacto Fundacional; así como se habrán de establecer Pactos a nivel interpoblacional, primero entre los Pueblos ibéricos y luego entre los Pueblos de Europa occidental, con quienes compartimos elementos culturales fundamentales. Obviamente, también se tendrán que efectuar Pactos con el resto de Pueblos del mundo; pues para que, en efecto, triunfe el Pueblo, la revolución ha de ser universal.

Respecto al combate, tan cardinal, ahora únicamente se tratará sobre su aplicación estratégica específica para esta primera etapa, dado que más abajo se le dedica otro apartado de este escrito. En ese apartado se aborda como noción, valor e ideal fundamental no solo en sentido colectivo y transformador, sino más si cabe a nivel personal y ético.

Durante la primera etapa, debido a las circunstancias tan adversas de este periodo, la lucha revolucionaria queda restringida al combate de ideas y la resistencia activa. En absoluto refleja flaqueza o cobardía, más bien inteligencia estratégica. Habrá ocasiones en las que demostrar una actitud épica y heroica, pero serán eventos puntuales.

Ambas labores agonistas, el combate de ideas y la resistencia activa, exigen un esfuerzo y compromiso a nivel individual a la vez que a nivel colectivo. Desde luego que existen ciertas tareas reflexivas y operativas que dependen por entero del esfuerzo personal; igual que otras tareas solamente pueden llevarse a cabo desde el ámbito colectivo.

La lucha ideas, como luego se explica, se basa en la expansión de la cosmovisión revolucionaria, así como en la denuncia, confrontación y debate argumentado del Estado y los elementos ideológico-intelectuales reaccionarios. Por ello resulta crucial adquirir una actitud activista, centrada en la difusión de ideas. En consecuencia, aún siempre siendo indispensable, en esta etapa el esfuerzo reflexivo individual es vital. Junto al trabajo manual, puesto que ambos son pilares transformadores *sine qua non*.

La resistencia activa se centra en desenvolver todas las tácticas y acciones que perjudiquen al enemigo, de una manera controlada, discreta y/o tolerable, a la par que estimulen el espíritu agonístico y la conciencia de la gente común; por ejemplo: huelgas, sabotaje, boicot, movilizaciones, manifestaciones, etc. Asimismo han de potenciarse las capacidades de autodefensa tanto individuales como colectivas. Todas estas labores contribuirán al colapso del Estado y a incrementar nuestras propias aptitudes transformadoras.

Con que hemos de interiorizar una ética sodalicia. Debemos apreciar y tender la mano a nuestros iguales, e intentar pelear junto a ellos, puesto que son nuestros hermanos. Nuestra actitud ante las corrientes y colectivos contestatarios que surjan desde el Pueblo ha de ser positiva y unitiva. Aunque, como es evidente, siempre hay que tener claros nuestros valores, metas y principios estratégicos cardinales a fin de no extraviarnos; impedir que las ramas no nos dejen ver el bosque. La gente común hemos de luchar unidos contra las élites poderhabientes, con espíritu fraternal así como combativo.

En definitiva, la época de las vacas gordas terminó. La aniquilación del mundo natural y sobre todo de lo humano se está empezando a pagar. Los Estados van a procurar por todos los medios inimaginables mantener y aumentar su sometimiento sobre el Pueblo, en un contexto de colapso general; y la esencia concreta humana, el individuo como tal, está cerca de esfumarse. Ergo el único camino para evitar caer en un agujero negro que dure siglos, para salvar al sujeto y a los Pueblos, es la revolución. Una revolución integral, según alegó Félix Martí Ibáñez, por la que *"hay que darlo todo."*

¿Qué es una Comunidad integral revolucionaria?

Ante la catástrofe global en desarrollo, reconstruir el sujeto es lo primordial. En cambio, no debemos enfocarnos únicamente en edificar nuestra individualidad, pues por naturaleza somos sociales. Necesitamos amigos, familia, vecinos, etc. La soledad y la depresión están haciendo estragos en nuestra sociedad, están matándonos.

Por tanto, la autoconstrucción personal debe ir acompañada del amor. Hay que vivir el amor. Tenemos que fraternizar y esforzarnos desinteresadamente por el prójimo, ya que otorga sentido a nuestra vida.

Precisamos establecer sociedades opuestas a las actuales; donde se viva junto al otro, trabajando codo con codo, en interdependencia, con apoyo, servicio y cariño mutuos. El progresivo distanciamiento interpersonal es la mayor ventaja del Estado, igual que el mayor problema para el Pueblo.

La Comunidad Integral Revolucionaria, o CIR para abreviar, constituye una solución óptima al desastre actual. Ante todo se centra en recuperar la máxima y última esencia humana: el verdadero amor, el amor en actos. Y las dos principales herramientas de las que se sirve son la horizontalidad asamblearia y el comunismo. Éstas son estructuras convivenciales que materializan el amor; sin las cuales dicha palabra se depaupera y acaba por vaciarse.

A partir de ahí podremos rehumanizarnos. Y a partir de esta rehumanización podremos avanzar el resto de dimensiones específicamente humanas: el conocimiento (histórico, filosófico y científico), el arte, la ética, la música, la tecnología (sostenible y civilizadora), la recuperación y gestión de la naturaleza, etc.

Dichas comunidades son con toda probabilidad la única manera eficaz con miras a realizar un cambio trascendente en el mundo hodierno; más aún cuando se prevé un futuro cada vez más adverso y hostil. La unión hace la fuerza, y en nuestro caso requerimos muchísima fuerza. Por consiguiente necesitamos uniones fraternales tan fuertes como sea hacedero.

Así mismo, las CIRs suponen de facto la creación del germen de la futura sociedad. Plantean llevar a efecto una existencia diametralmente opuesta a la deshumanización que los poderhabientes nos imponen; luego tienen un gran valor civilizador. Por ello tienen el potencial de constituir la vertebración de las nuevas sociedades fraternales, horizontales, comunales, justas, asamblearias, morales, milicianas, con cultura y lengua propias.

Estas fraternidades revolucionarias han de forjarse entorno a unos valores fundamentales, contrarios a los de las sociedades actuales. Cualquier comunidad humana precisa cimentarse en unos valores determinados.

En la actualidad las principales sociedades del planeta se sostienen gracias a disvalores como el egoísmo, la competitividad, el ansia de poder, fama y riquezas, la posesividad, el odio, la

felicidad, la comodidad, la pereza, la explotación, la manipulación y mentira, el dominio, la vanidad, el narcisismo, la envidia y la cobardía, entre otros.

Por ende, urge una revolución axiológica. Nuevos valores tienen que fundamentar nuestra autoconstrucción-construcción junto al prójimo, definir nuestra trayectoria vital. Asimismo hay que elaborar y determinar nuevos valores colectivos, por medio de un acuerdo libre con nuestros iguales.

En relación con las CIRs, entre los más cardinales encontramos: el esfuerzo, el sacrificio desinteresado, la fortaleza, el amor, la frugalidad, el apoyo mutuo, la libertad, el combate, la verdad, la valentía, el bien, la autodefensa, la belleza, la sublimidad, la épica, la alegría, la igualdad política, económica y social real entre hombres y mujeres, el vigor físico, el amor y equilibrio con la naturaleza, la defensa y aprecio de la cultura clásica y la popular, así como la longanimidad.

La mayor y mejor expresión de lo humano se encuentra en la materialización del amor. En el servicio y ayuda mutuos; en los cuidados a niños, ancianos y enfermos; en la crianza y posterior formación de los niños hasta que lo hagan por sí mismos. Estas labores de atención, auxilio, cuidado y educación son el fundamento prepolítico humano. Con ellas desarrollamos nuestras capacidades emocionales, relacionales, volitivas, reflexivas, sensoriales, etc.; al tiempo que generamos los auténticos vínculos personales y sociales. De ahí que el Estado se empeñe tanto en apropiarse y monopolizar tales funciones, a fin de desustanciarnos y esclavizarnos. Recuperar la gestión de dichas labores supone rehumanizarnos.

Y, si pretendemos materializar el amor hoy, rehumanizarnos, necesitamos crear una comunidad o fraternidad. Las sociedades hodiernas se han degradado hasta tal punto, que no existe otra vía. Es más, la atomización, el miedo al otro, el egoísmo, el odio interpersonal o simplemente la degradación del sujeto irán en aumento, ergo la sociabilidad y el apoyo mutuo cada vez serán más escasos; casi inexistentes cuanto más avance la destructividad del sistema. Con que la manera idónea de reconstruir las relaciones humanas, la convivencia y la alegría, es a través de estas CIRs.

George Orwell dijo que *“en una época de engaño universal, decir la verdad constituye un acto revolucionario”*. A esta declaración deberíamos añadir esta otra: *en una época de asociabilidad universal, convivir con el prójimo constituye un acto revolucionario*.

De modo que hemos de indagar cómo llevar a efecto la vida comunitaria. Para ello podemos echar una mirada al pasado en busca de inspiración. Y en la Península ibérica tenemos maravillosos ejemplos, algunos de ellos analizados en el Prefacio de este texto.

Esta inspiración en lo pretérito es indispensable. Las personas necesitamos raíces, como los árboles. Aunque en nuestro caso lo humano se define por el espíritu, por lo que nuestras raíces son ante todo inmateriales.

El legado de nuestros padres, abuelos, bisabuelos, etc. determina una parte esencial de nuestro ser; lo mismo que nuestro entorno cultural y natural. Nuestra cultura, que consta de siglos e incluso milenios, nos conforma de manera definitiva. Sin esta dimensión histórico-

cultural, el sujeto sufre una castración grave. Ésta es, de facto, la única forma de trascender nuestra finitud ontológica.

En particular, este Proyecto se ha elaborado a partir de dos referentes históricos claves. Por un lado el monacato cristiano revolucionario, artífice, junto a los Bagaudas, de la recuperación de la Península ibérica y Europa occidental tras el catastrófico hundimiento del Imperio romano. A través de sus prácticas y valores civilizadores se reconstruyó Europa; se crearon los nuevos Pueblos europeos, así como sus respectivas culturas. En la Península ibérica alcanzó su mayor esplendor, con la creación de los monacatos o cenobios mixtos y los familiares. De hecho, los cenobios familiares ibéricos han de servir como modelo inspirador.

Y por otro lado los Pueblos peninsulares surgidos de la Revolución altomedieval: Navarros, Aragoneses, Castellanos, Gallegos, etc. Se ha de destacar, por encima de todo, su carácter e idiosincrasia convivencial, rural, moral, asamblearia, fraternal, miliciana y colectivista. Entre sus mayores aportaciones, el concejo, el comunal y las milicias concejiles son, con gran probabilidad, las más elevadas expresiones relacional-culturales de la historia conocida. Con que no ha de extrañar que aquí se utilicen como estro.

Así pues, vamos a hacer lo mismo que nuestros antepasados. Ellos crearon sociedades opuestas a las de las élites de sus respectivas épocas; nosotros también. Pergeñaron nuevas cosmovisiones y culturas recogiendo lo positivo del pasado; nosotros también. Combatieron a los poderhabientes espiritual y materialmente porque sabían que era la única forma de sobrevivir; nosotros también.

Sus méritos, esfuerzos, aptitudes, valores, ideales y hazañas heroicas han de estimular nuestros corazones. Y la mejor manera de rendirles homenaje y mostrarles veneración es a través del reconocimiento de sus logros y la superación de sus equivocaciones. Hemos de recuperar creativamente sus aportaciones positivas, a la vez que proporcionar respuestas transformadoras para el resto de asuntos irresolutos, que son muchos.

Mas no podemos empezar la casa por el tejado. Aquellas gentes comenzaron por erigir pequeñas comunidades. Al principio fueron unos pocos, pequeñas hormigas ante inmensos estados, pero más tarde llegaron a convertirse en nuevas civilizaciones.

Ahora tenemos la oportunidad de poner esa primera piedra. De generar una cosmovisión realmente transformadora y llevarla a la práctica. Una centrada en la persona y en los valores humanos universales. Una como la de nuestros antepasados. Una por la que vivir y morir.

Esta cosmovisión ha de ser compleja e integral. Y llevará tiempo completarla. Sin embargo, es posible apuntar ciertos elementos fundamentales: la autoconstrucción-construcción del sujeto, lo más importante; el amor, sustancia de lo humano; la libertad, pues sin ella no hay amor ni sujetos de valía; el esfuerzo, combate y sacrificio, ya que nos permiten conseguir todo lo demás; la verdad, como inteligencia y como amor al conocimiento; la frugalidad, dado que los bienes espirituales son infinitamente superiores a los materiales; la valentía y el heroísmo, que nos permiten superar el miedo y enfrentar el mal (interior y exterior); la estrategia, para conocer nuestra situación y vencer al enemigo; el trabajo libre y universal; el comunal o bienes del común; la asamblea o concejo como medio de autogobierno; las milicias concejiles o el

armamento general del pueblo; y la autogestión junto al autoabastecimiento máximos, cuidando y potenciando nuestro entorno natural.

A fin de cuentas, en este momento histórico las CIRs son el instrumento óptimo con vistas a desarrollar y materializar dicha cosmovisión, así como rehumanizarnos, conformar un movimiento transformador integral y rehabilitar sociedades realmente civilizadoras.

Autoconstrucción junto a nuestros iguales

Probablemente el mayor aporte de la cultura occidental al mundo es la idea de sujeto autoconstruido. La creencia en que la persona, una vez adulta, esto es, en torno a los catorce años, ha de autodeterminarse en libertad. Que el individuo, junto a sus iguales y no contra ellos, puede y debe desenvolver sus capacidades innatas.

Así lo resumió Cicerón hace más de dos milenios: *“El hombre no tiene enemigo peor que él mismo.”* Se refería a que el sujeto es y ha de ser responsable último de su destino; que puede abandonarse a los vicios y placeres pueriles, o, por el contrario, esforzarse por seguir el camino de la virtud; el único camino de verdad humano.

De ahí que se estime que la persona es lo más valioso. Un rasgo de Occidente que incluso hoy día, a pesar de todas las artimañas reaccionarias de las élites occidentales con el fin de revertirlo, es uno de los adelantos de nuestras sociedades respecto a las demás. Reflejado de forma nítida, por ejemplo, en la mejor situación de la mujer en comparación con el resto de sociedades del mundo. A malestar del feminismo, puesto que esta ideología reaccionaria niega y desprecia la cultura e historia propia de los Pueblos peninsulares y europeos.

Mas la idea del sujeto autoconstruido de virtud es una noción y determinación ética de valor universal. La cual tiene que expandirse por el bien de todos.

Otro gran autor clásico occidental, Epicteto, lo exponía del modo siguiente: *“Nadie es libre si no es dueño de sí mismo... Primero habla contigo mismo de lo que quisieras ser; y entonces haz lo que tengas que hacer... Prepararse como es debido para el futuro consiste en adoptar buenos hábitos personales. Esto se hace persiguiendo activamente el bien en todos los aspectos de la vida cotidiana y examinando regularmente las razones que te mueven, para asegurarte de que estás libres de las trabas del miedo, la avaricia y la pereza.”*

El individuo es y debe ser principio a la vez que fin. Si uno se quiere a sí mismo, se esforzará por ser su mejor versión, también con el fin de aportar el máximo a los demás. Ídem, si uno quiere al prójimo, también se esforzará por respetar y apoyar, sin sobreproteger ni perjudicar, su autoconstrucción. Por tanto, asimismo existe una construcción junto al prójimo, quien nos transmite conocimientos, valores, experiencias, saberes, habilidades, etc.; y viceversa.

Algunos autores clásicos nos enseñan con razón que lo opuesto al sujeto son las instituciones, las estructuras de poder, el Estado. Donde existen estructuras sociales jerárquicas el sujeto delega en ellas las funciones de la existencia; desde cubrir las necesidades materiales más básicas hasta lo trascendente. Así que las estructuras estatales se encargan de todo, a la vez que el sujeto se nulifica debido a su inacción y pasividad.

Además, las élites de dichas instituciones siempre buscan ampliar su poder y control; ergo la nulificación de su antagonista, la persona común, es su principal interés. Lo cual sufrimos en el presente como nunca antes.

Los jóvenes han sido especialmente castigados. Han sido infantilizados, triturados y nadificados con premeditación y alevosía; en primer lugar por el sistema educativo. Éstos, como es natural, han de volver a ser el elemento más dinámico, enérgico, creativo, valiente, entusiasta, épico y transformador de la sociedad.

Porque es perentorio que nos convirtamos en sujetos aptos para la revolución; es decir, en personas con autorespeto, amor por la libertad, entrega, longanimidad, servicio, valentía, desinterés y sentimiento épico.

Igual que los ancianos, quienes, después de haber sido apartados, ignorados, vilipendiados y proscritos, ahora son asesinados iatrogénicamente por el Estado porque no se puede hacer cargo de ellos. Éstos han de volver a formar parte de la vida, siendo fuente del valioso conocimiento que es la experiencia de una vida vivida y objeto de aprecio máximo por merecimiento de todo su esfuerzo.

Tanto hombres como mujeres desde que nacemos debemos sentir la obligación de ser por nosotros mismos. De cultivar nuestro potencial y explotar nuestras capacidades al máximo. De vivir para la virtud.

Tenemos que aspirar a ser como Sócrates, quien prefería *“sufrir una injusticia a causarla, porque si la causo me transformaré en una persona injusta.”*

Otros autores clásicos en los que podemos hallar inspiración en este sentido son Plutarco, Luciano de Samósata o Benjamin Franklin. Si bien cualquiera de ellos solo sirve a modo de complemento, ya que lo fundamental es nuestro esfuerzo y determinación de potenciar nuestras facultades innatas.

Este no es un tema abstracto ni metafísico. Si yo quiero ser por mí mismo, responsable de mi destino, tengo que ser capaz de comprender y vivir en mi mundo. Capaz de desarrollar mi inteligencia, fortaleza, sensibilidad, creatividad, sociabilidad, templanza, valentía, etc.

Y para ello la voluntad y el esfuerzo son indispensables. Son el pilar de la autoconstrucción. Avanzaremos gracias a la voluntad de mejora, a la valentía, el autoconocimiento y el empeño por progresar nuestras aptitudes ingénitas. La paciencia, tan ausente en nuestros días, con uno mismo es igual de necesaria.

Así mismo, en las adversidades y tribulaciones es cuando más nos autoexigimos y desarrollamos nuestras capacidades; las situaciones límite nos fuerzan a dar lo mejor de nosotros mismos. De modo que no debemos huir de éstas, sino todo lo contrario; precisamos afrontar las dificultades, contratiempos y problemas complejos como desafíos que potencializarán nuestras virtudes.

Aunque el propósito por el cual nos autoconstruimos no ha de ser inmoral ni egoísta. Nuestra finalidad ha de ser ofrecer el máximo a nuestra gente cercana y al conjunto de la sociedad. Es la mayor muestra de amor. Sacrificarse al límite para el bien ajeno.

Entonces, ¿qué es el sujeto? No puede ser una idea preconcebida ni impuesta. El sujeto se ha de autodeterminar. Él mismo, dentro de una cultura determinada y junto a sus iguales, elige cómo quiere ser. Evidentemente, con las limitaciones propias de su naturaleza.

Por ello, a la hora de comenzar su edificación personal, debe definir aquellas cualidades y atributos fundamentales que pretende desarrollar dentro de sí mismo. El individuo tiene ante sí un inmenso abanico de posibilidades; mas a continuación vamos a apuntar algunas de ellas a fin de que puedan servir de utilidad e inspiración: 1) voluntad, facultad de perseverar y no rendirse; 2) esfuerzo, imprescindible a la hora de alcanzar cualquier objetivo que nos planteemos; 3) afectuosidad, como muestra de amor, aprecio y cariño al prójimo; 4) fortaleza, capacidad de resistir-superar los sufrimientos, adversidades y tribulaciones; 5) servicio desinteresado, una aptitud diligente, altruista y atenta para con los demás ; 6) inteligencia, para diferenciar lo verdadero de lo falso y dilucidar-solucionar cualquier cuestión o problema; 7) integridad, decantarse por la humildad, la sinceridad y la honradez; 8) templanza, como aplomo, firmeza y saber estar bajo cualquier circunstancia; 9) autocrítica y autoexamen reflexivo en pos de mejorarnos; 10) valentía, superar los miedos, combatir el mal interno/externo y no amedrentarse nunca, aunque sin temeridad; 11) frugalidad, despreciar los bienes materiales no imprescindibles y apostar por los bienes espirituales; 12) compasión, capacidad empática y longánima; 13) creatividad, facultad de imaginar e ingeniar lo nuevo; 14) lozanía, como plenitud, vigor físico y potencia reproductiva; 15) sensibilidad, apreciar la belleza, lo sublime y lo trascendente; 16) alegría, en tanto que entusiasmo, esperanza, sana energía vital y festiva; 17) pensamiento estratégico, capacidad para analizar, comprender, proyectar y planificar el conjunto en su complejidad; 18) pasión, en cuanto a emoción, atracción y fervor por aquello que se ama y merece la pena; 19) compromiso, situar los deberes como centro de nuestro actuar; 20) épica, trascender lo cotidiano, afrontar los grandes retos y luchar por grandes causas.

Se suele objetar que vivir comunalmente coarta la libertad individual y el sujeto no puede crecer ni automejorarse. Esta es una falsa diatriba. No existe verdadera libertad sin una asamblea soberana. La asamblea es libertad. Libertad con el otro. Mientras que la libertad que hoy conocemos y practicamos es contra el otro. Este concepto de libertad es terrible, a la vez que cómplice del totalitarismo.

Así que se torna imperativo comprender que la individualidad y la comunalidad deben ir de la mano. Son complementarias. Son dos caras de la misma moneda.

Analicemos esta realidad dialéctica de lo humano.

En un sentido, el yo y el nosotros son la misma cosa. Si insultan o hieren a nuestro *hermano*, si enferma, todos sentimos el dolor. Si nuestro hermano muere, lo mismo que un amigo o un padre, muere una parte de nosotros. Nuestras almas son una, tanto en la tristeza como en la alegría. De manera que la comunidad es mucho más que la suma de los individuos. La comunidad contiene unas características espirituales y culturales que trascienden lo concreto, una unión efectiva de los corazones, mentes y almas. Supone una red de relaciones, conocimientos, emociones, experiencias, sentimientos, recuerdos, etc. de enorme valor. También es el espíritu de nuestros antepasados, de nuestra cultura ancestral.

Empero, lo humano asimismo es una unidad compleja de contrarios. Por ende, el yo y el nosotros son a su vez cosas distintas. Muchos procesos y cuestiones existenciales los transita el sujeto en solitario, como el problema de la muerte, la finitud o el sentido ontológicos. Con que el individuo es por sí, anda su propio camino y ha de autodeterminarse. En definitiva, la edificación de su yo depende esencialmente de sí mismo.

Ludwig Feuerbach expresó esta realidad dialéctica de la siguiente manera: *“La esencia del hombre reside únicamente en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre: una unidad que, empero, no reposa sino en la realidad de la diferencia entre el Yo y el Tú.”*

Los asuntos cardinales no admiten simplificaciones. Las mentes contemporáneas, a través del adoctrinamiento-amaestramiento y la aniquilación de las facultades cognoscitivas, han colapsado. Por lo que ahora solo alcanzan a discernir las cuestiones más básicas y sencillas. Sin embargo, la naturaleza y, en especial, lo humano se fundamentan en la complejidad.

En nuestros días la gente común ha perdido la capacidad de cavilar de forma profunda y multidimensional porque las élites se han apoderado de esa labor decisiva. Si las gentes quieren revertir esta situación, una de las tareas primigenias es recuperar el pensamiento complejo.

Y, con bastante plausibilidad, no existe otro asunto más arduo y enrevesado que la dualidad individuo-comunidad.

Como se comentó, no existe verdadera libertad sin asamblea. Si bien la asamblea, en parte, puede impedir la autoconstrucción del sujeto. Esta cuestión es de tal envergadura que no se puede tratar aquí; requiere de un largo proceso reflexivo, individual y colectivo. Aunque se pueden apuntar algunas ideas que fomenten y aporten a dicho proceso.

La asamblea, o el concejo, han de generar unas normas de convivencia y de gestión sobre los elementos comunes. Para ello se ha de utilizar el derecho de la costumbre o consuetudinario; un derecho hecho por la gente, que evoluciona conforme lo hace la comunidad. Lo mismo que las infracciones, multas y penas correspondientes; juzgadas por un jurado popular compuesto por la propia comunidad. Este *derecho* es opuesto al actual, el cual es un derecho positivo que se impone con la violencia desde arriba, según los intereses del Estado.

No obstante, el derecho consuetudinario ha de ser mínimo, si pretendemos que la libertad civil se materialice. Las normas, incluso las democráticas, deben ser las menos posibles. De lo contrario, como vivimos en la actualidad, se construiría un entramado legal de tal calibre que no dejaría espacio al libre albedrío y nuestras facultades (volitivas, reflexivas, relacionales, etc.) se atrofiarían. Es decir, a mayor coerción, menor ética, e individuos de peor calidad.

Ergo se ha de impulsar la ética y la moral al máximo para reducir la coerción al mínimo. En consecuencia, la libertad individual será mayor. Con este fin revolucionario Fénelon enunció que: *“no hace falta juez entre ellos, ya que su propia conciencia los juzga”*.

Por otro lado, en la vida diaria, tanto en lo civil como en lo político, ha de fomentarse el desarrollo de ideas y el debate constructivo. Un debate asentado en la libertad de conciencia, en el respeto mutuo y en la igualdad finita de ser escuchado; esto es, la verdadera libertad de

expresión. Esto, al fomentar la libertad individual, potenciaría enormemente el conocimiento como tal.

También se ha de valorar el trabajo reflexivo individual, igual que promocionar los coloquios, charlas, controversias y debates. Se necesita el conflicto intelectual y filosófico para que se afirme la individualidad y se potencien las cualidades del sujeto. Ha de ser un dinamizador social clave. A la vez que enriquezca la comunidad al existir una tensión y esfuerzo creadores.

Con que el sujeto ha de buscar espacios privados para estar consigo mismo. A fin de retirarse a su castillo interior; a fin de pensar por sí y para sí; a fin de conocerse a sí mismo, como diría Sócrates. Así será capaz de desenvolver sus capacidades y su individualidad. Y desde ahí volver al mundo automejorados y reafirmados.

A este respecto, la comunidad ha de proporcionar las estructuras convivenciales necesarias. Ha de permitir y alentar la materialización de este proceso autoconstructivo. Dejar el espacio y tiempo necesarios; respetar la intimidad del sujeto. Debe incentivar el desenvolvimiento del yo en un sentido holístico e integral; en lo político, lo económico, lo civil, lo intelectual, lo cultural, lo artístico, lo filosófico, lo axiológico, etc.

Pero, al mismo tiempo, la comunidad ha de impulsar la autoconstrucción colectiva y el desarrollo cooperativo de las facultades individuales. Sus miembros han de apoyarse mutuamente y colaborar en el proceso de autoedificación personal, esforzándose juntos por mejorar. Existen infinidad de posibilidades para ello; verbigracia mediante las hacenderas, bibliotecas comunitarias, grupos de acción-reflexión, talleres autogestionados sobre saberes prácticos, artesanales, intelectuales, artísticos, espirituales, etc.

Asimismo se han de valorar las diferencias y los dones naturales de cada cual con el fin de potenciarlos. Nuestras desemejanzas, en lugar de competir o enfrentarse, han de complementarse. Tienen que cooperar para retroalimentarse. De esta forma se beneficiarán el propio sujeto y la comunidad, así como la sociedad toda.

En suma, la transformación de la sociedad depende de la transformación del sujeto, de su autoconstrucción. Y, a su vez, de la calidad de los sujetos depende si son capaces de encontrar el equilibrio entre lo individual y lo social.

Pero esta es la única senda para crear y mantener las CIRs. Igual que para erigir y sostener sociedades como la de nuestros antepasados: asamblearias, comunales, concejiles, morales, autosuficientes, milicianas, soberanas y en armonía con la naturaleza. Más aún, para efectuar el salto cualitativo que necesita la humanidad.

Acerca del amor y el espíritu de comunalidad

Cierto es que en las sociedades hodiernas casi ha desaparecido la sociabilidad. Las élites se han encargado de instaurar estructuras jerárquicas donde las relaciones interpersonales son nulas o están instrumentalizadas-degradadas. Están fulminando las relaciones horizontales e implantando la atomización y el autismo social, así como la competencia y el enfrentamiento interpersonal. Como consecuencia casi han logrado establecer la sociedad que tanto anhelaban Maquiavelo, Hobbes y Nietzsche, donde “*el hombre es un lobo para el hombre.*”

Empero, en la historia conocida ha habido modelos opuestos de comunidades humanas, sociedades y civilizaciones. Donde primaban la libertad y la democracia, en forma de autogobierno asambleario, la única democracia real. Donde se valoraba el respeto y la cortesía. Donde se daban relaciones horizontales y el “nadie es más que nadie”. Donde predominaban el servicio y ayuda mutuos. Donde no existían y/o se despreciaban el dinero, el poder y la fama. Donde se honraban el esfuerzo y sacrificio por el bien ajeno. Donde los hombres y las mujeres tenían el mismo estatus político, legal, económico y moral. Donde se necesitaba poco y todo el mundo realizaba trabajo manual, por lo que no se explotaba a nadie y se vivía en equilibrio con la naturaleza. Donde cada sujeto era responsable y se priorizaban los deberes por encima de los derechos. Donde reinaban la alegría y el cariño. Donde se trataba y cuidaba con especial cariño a los niños, ancianos y enfermos. Donde se daban la épica y el heroísmo. Donde las relaciones se basaban en el desprendimiento y el desinterés. Donde se compartían metas, valores, bienes materiales, fiestas y adversidades.

Porque el amor nada tiene que ver con el buenismo, el *onegeismo*, el pacifismo, el *caritivismo*, el misionerismo, el multiculturalismo, el nacionalismo, el paternalismo, el feminismo, el inmigracionismo ni con el asistencialismo estatal. Todas estas son ideologías hipócritas y reaccionarias. Las cuales disfrazan la cruda realidad, legitiman el statu quo y obstaculizan el cambio revolucionario.

Cuando nos liberamos de toda demagogia e impostura, descubrimos la verdad: el amor solo se da entre personas libres, entre iguales.

No puede haber amor entre amos y esclavos, entre poderos y vasallos, entre explotadores y explotados, entre ricos y pobres, entre “expertos” y seres infantilizados, entre privilegiados y parias, entre guardianes y reos, entre imperialistas y súbditos, entre generales y soldados, entre propietarios y desposeídos, entre adoctrinadores y adoctrinados, etcétera.

De modo que son precisas unas estructuras sociales civilizadoras y horizontales para que se materialice auténticamente el amor. Verbigracia: la asamblea o el concejo omnisoberano; el comunal junto a la propiedad privada limitada; la autodefensa, la milicia concejil o el armamento general del Pueblo; el trabajo manual universal; la justicia popular y el derecho consuetudinario; la autogestión de las necesidades básicas, como son la salud, la crianza y la educación; etc.

Sin estas estructuras que hacen realidad el amor, junto a la justicia e igualdad finitas, la palabra se vacía de contenido. La hipocresía triunfa mientras que el Pueblo es exterminado.

El fundamento último del amor es desear el bien del prójimo igual o más que el propio; el esfuerzo y servicio desinteresados. Esto en parte aún se puede hallar reflejado en el amor de un progenitor por su vástago, cuando mayormente los padres dan sin recibir nada a cambio.

El cristianismo lo transmite con las siguientes palabras en Mateo (20:28): *“Cristo no vino para ser servido, sino para servir”*.

Es decir, los Cristianos han de seguir el ejemplo de Jesús de Nazaret: servir a nuestros iguales desinteresadamente, al tiempo que combatir a nuestros opresores, en pos de la edificación de un mundo mejor.

En el presente Proyecto se presenta la CIR como herramienta idónea para lograrlo debido a nuestras particulares circunstancias históricas. Mas resulta igual de indispensable recuperar las formas naturales de convivencia, todas compatibles con y necesarias en cualquier comunidad que pretenda ser viable. Estructuras relacionales como la amistad, la pareja, el compañerismo, la familia, la vecindad, etc.

El amor o el espíritu de comunalidad no es algo que “caiga del cielo”, como pueden pensar algunos. Es perentorio un proceso voluntario de transformación interior para convertirse en una persona amorosa y convivencial. Un esfuerzo por la automejora personal que requiere gran determinación y es de por vida, dado que nunca llegaremos a ser perfectos ni mucho menos.

Las CIRs están pensadas para potenciar esta autoconstrucción del sujeto y favorecer el espíritu convivencial, comunal, fraternal y sodalicio, a través de: la tenencia en común de los bienes materiales; la toma de decisiones de forma asamblearia; el cuidado y protección mutuas; la administración autónoma y comunitaria de la justicia; la voluntad hermanada de combate contra los opresores y sus ideologías; el trabajo colectivo, tanto productivo como intelectual; la autogestión comunitaria de las tareas básicas como los cuidados a enfermos, la educación o la crianza; la decisión de compartir las alegrías y fiestas, lo mismo que los sufrimientos y momentos trágicos; la autodeterminación grupal de valores trascendentes y transformadores; además de acordar una cosmovisión revolucionaria común.

Por tanto, el amor se materializa cuando nos esforzamos para concretarlo; cuando nos autoedificamos con la intención de realizar en el día a día cada vez más actos de amor; cuando somos mejores y lo demostramos. Pero, asimismo, cuando elegimos el bien y luchamos contra el mal; cuando arriesgamos nuestro bienestar, salud e incluso la vida en pro de nuestros semejantes; cuando trabajamos y combatimos por establecer sociedades en efecto humanas; cuando nos comprometemos con la revolución.

La familia

Anteriormente se explicó que el elemento más importante de toda comunidad y sociedad es el sujeto. Esto es indudable. Cuando no es así, como en las sociedades contemporáneas que se caracterizan ante todo por la extinción planeada del sujeto, se “vive” en la deshumanización.

Más el siguiente componente fundamental de toda comunidad humana es la familia. Tanto que es la primera forma natural de convivencia. Incluso, algunos animales sociales forman *protofamilias*, por ejemplo los gorilas. Y, por supuesto, la estructura familiar humana ha existido desde los orígenes de la humanidad; en ocasiones ampliándose hasta formar una tribu.

Ahora bien, no existe ni ha de existir un formato ideal predeterminado. La forma o configuración de ésta dependerá de la libertad individual y del entorno cultural-antropológico. Lo relevante es que se aprecie por su valor intrínseco y se rehabilite a causa de su potencial civilizador excepcional.

Es más, la familia ha de servir de ejemplo para el resto de la comunidad, un modelo a seguir para la sociedad toda. Y esto es así porque en ésta se halla concentrada la esencia del amor.

De tal forma que la CIR ha de inspirarse en el amor e interdependencia de los padres y sus hijos, en la conexión leal y sublime de la pareja, en el amor fraternal de los hermanos, en la entrega y conexión absoluta de la madre para con el bebé antes y después de nacer, en el aprecio y respeto a los abuelos, en la diversidad de las relaciones afectivas con los tíos, primos, cuñados, etc.

Si bien hoy día acontecemos a un escenario aberrante. Donde los niños, embarazadas, ancianos o enfermos son menospreciados y fulminados. Donde los poderhabientes están a punto de extinguir la esencia concreta humana. Ergo es comprensible que nos resulte arduo imaginar una sociedad familiar, comunal y convivencial. Y mucho más llevarla a la práctica. Mas no hay otro camino para rehumanizarnos y salvar lo humano ante el desastre actual.

Debido a su gran capacidad civilizadora y transformadora, las élites se lanzaron a fulminar el colectivo familiar en la segunda mitad del siglo XX. Aunque ya desde comienzos del siglo XIX venían trabajando en esta dirección, en especial a partir del *Código Napoleónico* o Código Civil de Francia del año 1804 (copiado por el Estado español en 1889).

Tras la Segunda Guerra Mundial, una de las vías que utilizaron fue a través de ciertos intelectuales neomarxistas “críticos”, “radicales” y “subversivos”, sobre todo los relacionados con la perniciosa Escuela de Frankfurt. Pero igualmente se atacó la familia desde otros sectores como el anarquismo.

Por lo que el radicalismo izquierdista y burgués “revolucionario”, obedeciendo a los intereses de las minorías mandantes, ha demonizado a ésta a fin de ocultar a los verdaderos opresores y debilitar a la gente común.

Otra vía fue por medio del feminismo y la ideología de género. Gracias a estas doctrinas reaccionarias las mujeres en particular han sido manipuladas, desustanciadas y destruidas a conciencia.

Se ha conseguido establecer una auténtica “guerra de sexos”, en la que los perdedores son las mujeres y hombres del Pueblo. El gran beneficiado ha sido el Capitalismo, y por consiguiente el Estado, puesto que ahora las féminas entregan sus energías y vitalidad a la empresa. En consecuencia la familia se está esfumando.

Así mismo, se ha logrado desacreditar y estigmatizar la maternidad, la crianza y a los niños. De ahí que nos halleemos ante una hecatombe demográfica.

No obstante, las féminas, tanto como los hombres, han de volver a autodeterminarse junto a sus iguales; volver a amar, cuidar y potenciar su cuerpo y espíritu, recuperar su sexualidad natural. Al fin y al cabo, autoconstruirse integralmente.

Ídem, las mujeres igual que los hombres tienen que reconstruir su identidad diferenciada y sexualidad. Requieren llevar a efecto una verdadera *revolución erótica*.

En contra de la actual aniquilación de los sexos y el eros como tal, en el presente y en el futuro debemos centrarnos en: 1) revalorizar la relación y el sexo heterosexual, ahora demonizados, generador de vida; 2) recuperar el sexo como amor, unitivo y trascendente; 3) reconstruir el sexo libre como pasión, plenitud, atavismo, fantasía, carnalidad, irreflexión, perversión, desenfreno y sublimidad; 4) recolocar lo erótico en su sitio específico, en lo privado e íntimo; 5) impulsar la recuperación del eros femenino, más potente y rico por naturaleza, el cual tiene una presencia y repercusión mayor en el resto de dimensiones de la vida, en particular en la reproducción y crianza; 6) rehabilitar la virilidad en los varones y la feminidad en las mujeres.

Esta dimensión de lo familiar habrá que reconstruirla al tiempo que otras. Porque son asimismo vitales su vertiente axiológica, convivencial, pedagógica, agonística, de relación intergeneracional, sodalicia, comunal, etc.

Todo ello significa trabajar en la dirección correcta. Necesitamos restaurar los cimientos de la vida familiar. Unos cimientos basados en la creación de nueva vida, en el cuidado mutuo y el progreso civilizador (ante todo espiritual).

En última instancia, la revolución, lo mismo que el salto cualitativo que requiere la humanidad, pasan por reconstruir la familia y recobrar el amor por los niños. Dos factores que las CIRs deben priorizar y potenciar al máximo.

Esta perspectiva, además, puede servir como foco de atracción de las CIRs. Cuando éstas promuevan con el ejemplo la buena vida familiar en un contexto calamitoso, muchas personas preferirán revolucionarizar sus vidas.

Por consiguiente, en un futuro que se aproxima plagado de crisis y catástrofes, las CIRs resistirán y prosperarán gracias a su carácter familiar, natalista y fraternal.

Sin esfuerzo y trabajo nada se puede hacer

El esfuerzo es perentorio para la autoconstrucción individual. Es el elemento motor fundamental. Depende de nuestra voluntad y determinación el trabajar por la mejora personal y por las metas que nos marquemos.

Medio milenio atrás, Cervantes así lo expresó: *“cada uno es artífice de su propia ventura”*; y que *“no se coge una trucha con pantalones secos.”*

Desde la tarea más básica hasta la más compleja, todas requieren del esfuerzo. Por ende, autogestionar todas y cada una de las principales dimensiones de nuestra vida nos exige convertirnos en personas esforzadas, entregadas y luchadoras.

Más aún si aspiramos a construir una CIR. Para su creación y posterior funcionamiento es imprescindible el despliegue máximo de todas nuestras capacidades. El placerismo, el eudemonismo, el hedonismo, el felicismo o el epicureísmo no tienen cabida. En realidad, estas ideologías devastan al individuo y la sociedad.

Así que son los deberes los que han de guiar nuestro actuar. Éstos nos edifican mientras los derechos nos vilifican. El deber es acción. Un actuar decidido, pasional, comprometido, reflexivo, instintivo, transcendente, agonístico, emocional y épico.

Como aseveraban los clásicos, el deber construye al sujeto de virtud. Es aquello que le impele a obrar con rectitud, con diligencia para servir a sus semejantes, con ahínco en sus responsabilidades, con inteligencia ante las dificultades, con firmeza y sin odio contra el mal, con fortaleza a pesar de las adversidades o sufrimientos, con longanimidad incluso hacia los enemigos, con pasión a la hora de perseguir sus ideales, con valentía frente a los opresores.

En cuanto al trabajo en sí, como medio productivo, civilizador y de supervivencia, es imperativo. Si pretendemos edificar comunidades y sociedades donde el amor con sus limitaciones sea un hecho, todo el mundo tiene que laborar. Pues si todos realizan trabajo manual, nadie necesita ser explotado.

Lo opuesto sería crear élites privilegiadas que viven del trabajo ajeno. Como sucede en la actualidad, cuando existen los mayores niveles de desigualdad de la historia conocida; ergo los mayores niveles de deshumanización.

De modo que se han de proscribir las élites políticas, económicas, ideológicas, intelectuales, religiosas, artísticas, etc. y todos aquellos individuos con ventajas ilegítimas.

En consecuencia, lo preciso es establecer un trabajo libre, sin explotación ni subyugación. Tanto el trabajo esclavo como el asalariado aniquilan al trabajador porque no le permiten pensar por sí mismo, decidir la forma de laborar ni el propósito, realizar la multiactividad, desarrollar sus propias capacidades y habilidades, etc.

Obviamente, la obligatoriedad del faenar alude a quien sea capaz de hacerlo. Si bien, en la vida real natural, no en la actual artificial, existen infinidad de formas y niveles de trabajo. Lo ideal es empezar desde pequeño a participar en las labores de la comunidad. Esto permite desarrollar multitud de habilidades, actitudes y aptitudes, a la par que la autoconfianza y el sentimiento de realización. Aunque hasta la etapa adulta, sobre los 14 años, no se puede exigir la misma aportación.

En cuanto a los ancianos, estos también deben seguir colaborando según sus facultades y fuerzas. Podrán transmitir su sabiduría a los más jóvenes, combatir la senilidad y sentirse útiles. Así como los enfermos o personas impedidas, a quienes se habrá de exigir según sus posibilidades.

Por tanto, tiene que existir una equidad general, tanto en lo que se aporta como lo que se recibe. Pero asimismo habrá que considerar la necesidad de cada cual. De tal manera que una auténtica comunidad de bienes sea como una familia, donde todos dan y todos reciben. Donde todos cuidan unos de otros y el principio que rige las relaciones es el desinterés. El esfuerzo y servicio desinteresados son el quid.

En este sentido podemos buscar inspiración en el monacato cristiano revolucionario. Gracias a éste se consiguió rehumanizar el trabajo y acabar con la terrible lacra de la esclavitud en Europa occidental.

Así define Félix Rodrigo Mora sus rasgos cardinales: *“como tarea de los hombres y mujeres libres; sin que fuera ligado a explotación ni a acumulación de riquezas en unas pocas manos; dirigido a producir lo indispensable y no lo superfluo o lujos; realizado creativamente y como multiactividad; destinado al logro de fines extraeconómicos de naturaleza civilizante; llevado a cabo en colectividad; ocupando sólo unas pocas horas cada día y quedando proscrito en los numerosos festivos; combinado con el trabajo intelectual; y, al menos como intención original, libre de pago de tributos al Estado.”*

Además, el trabajo libre se puede llevar a cabo de manera individual y colectiva. El laborar colectivo o cooperativo ofrece unas ventajas decisivas. Entre otras, promueve la sociabilidad, alegra las almas, es más llevadero, se comparte la sabiduría, acomete empresas imposibles individualmente, cohesiona la comunidad, es más eficiente y, por ende, mejor para la naturaleza.

Hacendera es el nombre castellano que se utilizaba para referirse al trabajo colectivo que se realizaba no hace tanto en la Península ibérica. Por medio de la hacendera se lograba desde gestionar las infraestructuras básicas, gestionar el ganado y los bosques, construir casas, edificar y gestionar molinos, fraguas, batanes, herrerías, hospitales, mesones, etc. hasta arreglar caminos, hornear el pan y organizar las fiestas.

Sin embargo, además del trabajo manual y productivo, existe el trabajo intelectual o reflexivo. Éste nada tiene que ver con el intelectualismo elitista, el academicismo, la especialización, el doctrinarismo, el mecanicismo-teoricismo, el politicismo, el economicismo ni cualquier otra corriente intelectualista.

Porque, en un balance general, las aportaciones de intelectuales, universitarios y científicos en los últimos cuatro siglos han sido catastróficas. Han pergeñado desde sus escritorios el mundo de horrores actual.

Ahora nosotros, la gente común, tenemos la ardua tarea de arreglar su despropósito. Debemos criticar sus aberrantes aportaciones, recoger aquello que sea salvable, y comenzar a erigir la nueva sociedad. Por lo que toda persona ha de efectuar un gran esfuerzo cognoscitivo experiencial-reflexivo.

En la era del no pensamiento, hay que desarrollar el pensamiento autónomo, profundo, dialéctico, complejo y creativo. A la vez que nuestra capacidad artística, emocional y espiritual en general.

Aquí me refiero al pensar como tal, pues el entendimiento es lo específicamente humano. Lo contrario es dejar en manos ajenas nuestra función más decisiva.

Entonces, como en el resto de ámbitos existenciales, resulta imprescindible un esfuerzo cavilativo continuado por la verdad en sí, evitando el error así como la mentira.

El esfuerzo y trabajo reflexivo es imperativo tanto para la autoconstrucción individual como condición necesaria para el desarrollo de la asamblea y demás funciones de autogestión de lo colectivo. Es capital si se aspira a gestionar la comunidad y la sociedad en lo político, lo jurídico, lo económico, lo demográfico, lo medioambiental, lo festivo, lo cultural, lo bélico y lo estratégico.

Con que a mayor dificultad y complejidad de las tareas que nos propongamos, mayor esfuerzo cavilativo nos exigirá.

Es más, debido a nuestra situación estratégica presente, el trabajo intelectual se torna más que obligatorio y urgente. El Estado y el resto de élites poderhabientes han arrasado la conciencia de casi todos; ergo, como nunca antes, tenemos que esforzarnos por combatir esta barbarie y contrarrestar esta situación.

Para ello hemos de desmontar las mentiras del sistema y hacer llegar la verdad a las conciencias de la gente popular. Es decir, requerimos una batalla de ideas.

Al mismo tiempo necesitamos formular una cosmovisión de transformación integral del sujeto y la sociedad. Encima, también hemos de plantear una estrategia para el combate, y replantearla continuamente conforme evolucionen los acontecimientos, así como los procedimientos tácticos pertinentes.

En conclusión, el esfuerzo, y por tanto, el trabajo, son definitorios. La revolución integral que precisamos ha de fundamentarse en el esmero, el desvelo y el denuedo desinteresados. En la brega constante y perpetua.

El combate

Ya hemos comentado la centralidad del esfuerzo y la voluntad. Lo mismo el sacrificio. Tanto entendido como servicio desinteresado a los demás, como al servicio de unas metas trascendentes.

Empero, la idea de combate también es crucial. Tanto que sin ella no somos nada. Apenas meros objetos manipulables, marionetas; no sujetos. Seres dóciles y sumisos al poder; carentes de voluntad, virtudes ni mismidad.

Étienne de la Boétie enunció que *“no hemos nacido solamente en posesión de nuestra libertad, sino también con la pasión de defenderla.”*

El espíritu agonista o de lucha es una virtud clásica y ancestral. Nuestros antepasados lo entendieron así: los Pueblos prerromanos de la Península ibérica (Celtíberos, Astures, Íberos, Cántabros, etc.); el cristianismo verdadero y revolucionario; los Bagaudas; y los Pueblos revolucionarios altomedievales (Castellanos, Catalanes, Extremeños, etc.), desde su origen en los siglos VIII-IX hasta el siglo XX.

La máxima expresión objetiva de esta cosmovisión fueron las milicias concejiles, que hunden sus raíces en el movimiento revolucionario bagauda del siglo V d.C., y desaparecen definitivamente en el siglo XIV. Su principio cardinal era la autodefensa, y así lo demostraron noblemente frente al terrorífico imperialismo andalusí.

El combate debe ir acompañado de la idea de verdad finita y del esfuerzo reflexivo, dado que, entre otras cosas, resulta esencial distinguir lo correcto versus lo incorrecto. Igual que la ética o moral, ya que necesitamos determinar qué es lo bueno y lo malo con el fin de tomar partido.

En nuestro caso elegimos el bien. Combatimos el mal.

Aquellos que creen innecesario tomar partido, apoyan al mal con su pasividad. Se vuelven cómplices de los malvados. Su indiferencia permite que el mal avance tanto en su interior como en el exterior.

El bien requiere la acción, pues es constructivo. Mientras que el mal adora la pasividad, pues su esencia es destructiva.

Aún así, hemos de tener en cuenta que existe tanto el mal interior como el exterior. De nada sirve combatir el mal externo, eliminar las élites de poder y toda injusticia, si luego nuestros propios males internos nos llevan a reproducir la funesta sociedad que acabamos de destruir.

En este sentido podemos aprender de nuestros ancestros, puesto que nos legaron la valiosa idea de la bipartición. Esta se refiere a que todo ser humano es capaz de efectuar el bien y el mal, ya que ambos nos constituyen. Que, por mucho que nos esforcemos, nunca seremos perfectos. Nunca seremos los buenos por completo y nuestros enemigos los malos absolutos.

Puede que coyunturalmente sí, pero, sin darnos cuenta, podemos caer en el error y desviarnos del buen camino.

Más aún, nunca la humanidad llegará a un estadio utópico de bondad. Siempre tendremos que esforzarnos por mejorar. Siempre necesitaremos estar en guardia, pendientes de nuestro mal interior. Un combate eterno en pos del bien.

En cuanto al mal externo, además de combatir a los poderosos, nuestros antepasados nos avisaron sobre los “falsos profetas”. Estos son quienes nos quieren engañar, manipular y equivocar de nuestro camino; verbigracia lo que en la actualidad se llama *disidencia controlada*.

Empero, no solo se refiere a dichas personas reaccionarias, sino también a las ideas, doctrinas, religiones, ideologías, filosofías, etc. Éstas, sirviendo al poder, acaban por aniquilarnos individual y colectivamente. Por ejemplo el inmigracionismo, el feminismo, el ecologismo, el racismo (en auge el antiblanco), el nacionalismo o las ideologías de género.

Al mismo tiempo, precisamos una ética sodalicia. Esta ética consiste en dos niveles diferenciados. Uno para los iguales y otro para los opresores. Con nuestros semejantes pondremos la otra mejilla, pues son nuestros hermanos. Solo en agresiones graves hay que tomar medidas; y siempre con criterios de autodefensa, justicia, compasión y reparación.

En cuanto a los opresores, combate sin tregua. Eso sí, asegurándonos que son élites poderhabientes y auténticos criminales. Con todo, nuestra cosmovisión nos obliga respetar valores como la justicia y la misericordia.

El combate, como todo lo humano, tiene una dimensión material y otra inmaterial. De tal forma que existe el combate de ideas y el combate físico. Ambos son legítimos cuando se trata de autodefensa y en condiciones de lucha contra los opresores.

En palabras de Jesús de Nazaret en Mateo (10:34): *“No penséis que he venido a la tierra a traer la paz: no he venido a traer paz, sino espada.”*

Sin duda los primeros Cristianos se valieron sobre todo del combate de ideas, pero también en ocasiones usaron la “espada”; ateniéndose al legado de sus predecesores los Esenios.

En orden a mantener nuestra integridad personal y grupal, requerimos la autodefensa. Es un instinto y una necesidad básica de todo ser vivo. Ergo tendremos que defendernos cuando las circunstancias políticas, económicas y sociales empeoren. Es más, conforme la situación se agrave y se multiplique el caos, se incrementará exponencialmente la violencia; tanto por parte del Estado en un intento desesperado de mantener su poder, como por parte del lumpen y el resto de sectores populares envilecidos.

Ahora puede que a muchas personas irreflexivas y con escasos conocimientos históricos les suene a catastrofismo lo expuesto. Mas la realidad les mostrará lo inevitable, el lado cruel y trágico de la existencia humana.

Consecuentemente es preciso desarrollar nuestras capacidades para la autodefensa; a la par que impulsar el armamento general del pueblo, la constitución de milicias concejiles. Estas

procurarán la protección individual y de la comunidad en el plano local y comarcal, a la vez que asegurarán la soberanía individual, local, comarcal, poblacional e incluso interpoblacional.

En definitiva, la comunidad, y la sociedad en conjunto, han de combatir espiritual y materialmente. No podemos aspirar a crear un *jardín de Epicuro*. Esta es una utopía pacifista infantiloides, de huida del mundo. Algo que nunca ha existido ni podrá existir. Es una sentencia de muerte.

El mismo Federico Urales, pacifista declarado, reconoció que *“lo que ahora hace falta es una preparación armada para defensa de la Revolución”*.

Expresó tal certeza porque no era tan irrealista e ingenuo como los pacifistas hodiernos. Comprendió que en el mundo moderno las armas son necesarias, a pesar de que soñara con un mundo sin armas.

La utopía epicúrea y pacifista significa llevar una existencia apartada de la realidad, y del resto de las personas, pues intenta esquivar, sin éxito lógicamente, la naturaleza de lo real y lo humano. Pretende obviar el dolor, la violencia, el sufrimiento, las tribulaciones, etc.; los cuales forman parte de la vida, aunque esto es imposible.

Además, constituye una actitud reaccionaria y egoísta. Se debe establecer un compromiso para con el resto del Pueblo y la humanidad. Un combate por el bien.

El pacifismo es una ideología moderna, una abstracción utópica; aunque en el pasado existieron corrientes orientalistas y maniqueas análogas. Todas asimismo reaccionarias por cierto.

Desde la aparición del ser humano hace más de cien mil años han existido los enfrentamientos violentos, las guerras y los asesinatos; así lo prueban las investigaciones arqueológicas. Y la historia conocida no es sino una sucesión de lo mismo; es más, multiplicado a la máxima potencia. Por tanto, negar las capacidades humanas de odiar, maltratar, herir o matar es negar a su vez lo opuesto, las capacidades de amar, cuidar, curar o dar la vida por el prójimo; es negar lo humano como tal en su complejidad dialéctica.

De ahí que todas las corrientes pacifistas hayan sido reaccionarias; que no tengan una cosmovisión del sujeto. Según éstas, dado que el individuo no existe o importa, ni tampoco el Pueblo, lo dejan todo a la voluntad de Dios, de las élites iluminadas, de los gurús, de los poderhabientes, del destino, etc.

Mas esto es absurdo. Cada uno como sujeto, y todos juntos como sociedad, somos dueños de nuestra suerte; somos capaces de combatir y vencer.

El ideal al cual debemos aspirar es autoconstruirnos junto a nuestros iguales, y edificar sociedades basadas en valores civilizadores y de virtud. Con el objeto de, a través de un esfuerzo tremendo y perpetuo, evitar lo máximo posible los elementos humanos más negativos.

Pero nunca desaparecerán, luego el combate interno y externo debe ser constante. Y, cuando sea necesario, habrá que recurrir a las armas. Eso sí, siempre con un criterio moral óptimo.

Así que también es imprescindible la valentía; mas vivimos en un mundo repleto de cobardía. A los de arriba les interesa que seamos pasivos, timoratos y sumisos.

En cambio, al cultivar la valentía nos autoconstruiremos como sujetos de virtud y seremos capaces de defender nuestra libertad, mismidad, comunidad y aquello que amamos.

La valentía, junto a la épica y el heroísmo, son ideales heredados de nuestros antepasados. Son aptitudes que potencian nuestro espíritu agonista y nos permiten trascender nuestra finitud y miseria ontológica.

El recuerdo de esos grandes héroes y mártires, quienes dieron su vida por el prójimo y por la transformación del mundo, ha de impeler nuestros corazones y mentes al combate.

¿Precisamos tener metas trascendentes?

Durante nuestra vida nos solemos plantear el logro de un fin o fines específicos. Estos fines son las metas que nos marcamos; tanto a nivel individual como colectivo. Por ellas nos esforzamos, trabajamos, sacrificamos y combatimos.

La trascendencia es lo propiamente humano. Lo espiritual o inmaterial. El resto de seres vivos subsisten en el mundo físico, mientras los humanos hemos creado lenguajes, músicas, religiones, filosofías, culturas, etc. Estas son las realizaciones humanas más elevadas. Unas realizaciones que solo están al alcance del sujeto, dado que proceden de su alma, mente y corazón.

Si bien no debemos caer en un espiritualismo orientalista o platónico-maniqueo, ya que lo corporal es asimismo fundamental. Somos una realidad dialéctica, un conjunto de cuerpo y espíritu que debemos amar, cuidar y potenciar en todas sus dimensiones.

Nuestra alma y sobre todo nuestro organismo físico forman parte del mundo natural; una preciosa creación de la naturaleza. Por tanto, al igual que con el resto de entes y seres naturales del universo, hemos de respetarlos, apreciarlos y preservarlos.

Pero existe una dicotomía entre los bienes materiales y espirituales. Los bienes materiales han de ser mínimos, pues nuestra plenitud física depende de la frugalidad, la fortaleza, el autocontrol, el esfuerzo, la austeridad, el autoconocimiento, la templanza y el sacrificio. Así como la conservación y plenitud de nuestros ecosistemas depende de nuestro mínimo consumo material, a la par que nuestro máximo desarrollo espiritual.

De ahí que los bienes inmateriales o espirituales sean tan cruciales. Estos nos incentivan a desenvolver nuestra existencia y desarrollo ontológico a través de su senda natural y óptima. A buscar nuestra realización y plenitud por medio de la vía convivencial, artística, agonística, intelectual, emocional, épica, etcétera.

Empero, los bienes espirituales se dividen en dos clases bien diferenciadas. Los negativos, que son verbigracia la voluntad de poder, la riqueza, la fama o el hedonismo. Y los positivos, como el desinterés, el amor, la libertad, la belleza, la convivencia, la simbiosis con la naturaleza, la frugalidad o el heroísmo.

Cada individuo ha de determinar en libertad, en virtud a su conciencia (verdad objetiva finita interiorizada a través del esfuerzo reflexivo) y a su moral, qué bienes prioriza. Y esta elección determina en gran parte las metas vitales o existenciales que nos marcamos. Porque durante nuestra vida queremos conseguir aquello que más valoramos.

Aunque, además, estas metas que elegimos o nos autoimponemos otorgan sentido a nuestra existencia. Nuestras metas son objetivos existenciales; razones por las que vivir. Motivos por los que esforzarnos en el día a día y por los que luchar hasta el final.

En nuestro caso hemos de escoger metas transformadoras y civilizatorias que persigan bienes inmateriales positivos, debido a que lo opuesto significa abrazar la barbarie, la reacción y la deshumanización.

De hecho, la grandeza de las metas determina la grandeza del sujeto. Esto es así porque cuanto más arduas sean las tareas que nos proponemos realizar, mayor será nuestro esfuerzo a la hora de completarlas, y por consiguiente más capacidades desarrollaremos. De manera que si nos proponemos vivir en libertad y en el amor, dentro del contexto actual, nos exigiremos tanto que desplegaremos casi ad infinitum nuestras facultades.

Mas en realidad, no importa tanto alcanzarlas. Es algo que solo depende de nosotros de forma parcial. Lo que sí depende de nosotros mismos es desenvolver nuestra virtud, esforzarnos todo lo posible, actuar inteligentemente, perseverar hasta el fin, superar nuestros miedos, etc.

El camino es lo determinante, y no el punto de llegada. Si durante el camino, o durante nuestra vida, no alzamos nuestro objetivo, pero crecemos y progresamos personalmente, pero aportamos al prójimo y mejoramos la sociedad, nuestro esfuerzo habrá sido más que provechoso.

A nivel colectivo también precisamos estatuir unas metas trascendentes. Debemos acordar la dirección y futuro de la comunidad; y a un nivel superior la de nuestro Pueblo. Puesto que sin metas, las sociedades se hundan en la abulia, la ataraxia, la degradación y en la consecuente catástrofe.

En el presente texto se plantea como meta la transformación integral del mundo; esto es, el surgimiento de un nuevo sujeto y nuevas sociedades. Esto significa ser parte de una revolución histórica; de una grandeza e importancia tremendas.

Por otra parte, resulta pertinente analizar un tema clave que subyace al leer el Prefacio: en el pasado la religión jugó un papel importante a la hora de dotar de transcendencia a los movimientos y proyectos transformadores. Esta realidad es indiscutible. La religión fue un elemento cultural y revolucionario relevante; si bien cuando su naturaleza era popular, anárquica y animista, contraria a cualquier tipo de Iglesia y al Estado.

Ésta otorgó una fuerza considerable a dichos movimientos pretéritos. Sin embargo, ahora son muy pocos quienes conservan esta perspectiva religiosa revolucionaria. Aunque es igualmente respetable.

Hoy día muchos otros preferimos ser escépticos y eludir ese paradigma creyente. Mas es cierto que de alguna forma hemos de compensar esa transcendencia y potencia transformadora que proporcionó la religión en el pasado.

Una solución puede ser que nos entreguemos altruistamente a grandes metas e ideales como la libertad, el amor transformador, la revolución, etc.; los cuales nos ayuden a superar algunas de nuestras carencias y limitaciones ontológicas.

Otra opción es afanarse por un desarrollo mayor de otras dimensiones espirituales. Esforzarnos en potenciar nuestras capacidades artísticas, nuestras virtudes agonísticas y

morales, nuestras aptitudes introspectivas, o nuestras facultades relacionadas con la reflexión filosófica, histórica, científica y estratégica.

Al fin y al cabo, cada individuo y cada comunidad humana han de elegir libremente sus metas, y el modo de perseguirlas. Aunque es preferible que éstas sean trascendentes, positivas y transformadoras, pues son las únicas verdaderamente humanas.

Mejor vida local y comarcal, en armonía con la naturaleza

El humano, lo mismo que el resto de seres vivos, desarrolla su existencia en un territorio definido. En éste se relaciona con determinados mares, valles, ríos, montañas, lagunas, árboles, plantas, animales, etc. Sobrevive gracias al conocimiento de su entorno, creando una relación de interdependencia, y por tanto lo ama.

Al menos esto ha sido lo habitual desde que la humanidad ha existido como tal. Tanto los Pueblos nómadas como los sedentarios han vivido en una región concreta y delimitada. De ahí que se establecieran vínculos tan estrechos entre las personas y su medio ambiente. Una simbiosis preciosa.

La mayor parte del tiempo el ser humano ha sabido vivir en equilibrio con su entorno, cuidando los dones y maravillas de la naturaleza. Fuimos capaces de coexistir con el resto de seres vivos, pues somos una especie más.

El problema surgió cuando algún grupo humano olvidaba esto, y se lanzaba a modificar y explotar el mundo natural compulsivamente. Cuando, debido a sus ansias de poder, aniquilaban los ecosistemas y al resto de personas.

Empero, la gente común, quienes rechazamos la búsqueda de poder y riquezas, restauraremos todo lo que se pueda la plenitud de nuestros ecosistemas. E, igual que nuestros ancestros, instituiremos sociedades sostenibles y en armonía con la naturaleza, y por ende rurales.

Para ello tendremos que volver a conectarnos con nuestro medio ambiente, volver a depender de éste, volver a los bosques y los ríos, volver a conocer todos sus encantos y belleza, volver a formar parte de su cadena trófica, etc.

Esta área geográfica donde arraigan los seres humanos es su ecosistema, pero también su entorno social y cultural. El ser humano, como se comentó anteriormente, se define ontológicamente por su dimensión espiritual. Ergo la cultura define asimismo su entorno. Se plasma en los elementos paisajísticos, arquitectónicos, artísticos y técnicos, además de en las mutaciones que realiza en bosques, valles, montes, costas, etc. Estos son una parte legado que recibimos de nuestros antepasados.

Ciertamente, a veces un Pueblo o civilización se extiende de forma natural; o sea, sin conquista ni opresión. Este es un proceso migratorio legítimo, siempre y cuando se ejecute con criterios de libertad, amor, justicia y respeto por la naturaleza.

Con que, en ocasiones, encontramos varios territorios o comarcas pertenecientes a un mismo Pueblo. Aquí no se utiliza el término nación dado que la modernidad se lo ha apropiado y ahora solo se usa como sinónimo de Estado.

La noción de Pueblo debe ser desarrollada. Pero apuntemos algunas reflexiones al respecto. El Pueblo son los sin poder, los oprimidos, humillados y triturados por el Estado. Mas en realidad existen Pueblos concretos con culturas y lenguas propias.

El monopolio que posee el Estado de la violencia, las armas, el gobierno, la legislación, la judicatura, lo educativo, lo ideológico, lo sanitario, lo cultural, lo festivo, etc. tiene que desaparecer, a fin de que se repartan estas dimensiones existenciales entre todos los individuos de la sociedad. Así el Pueblo volverá a ser por sí y para sí.

Sin embargo, la escala de lo humano es local y comarcal. Ahí es donde nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. Ahora esto no se entiende porque se han artificializado por completo nuestras vidas. Las élites han creado unas estructuras de poder tremendas llamadas estados nación, a imagen de los antiguos imperios. Por medio de éstos gobiernan vastos territorios y lo hacen imponiendo la uniformidad. Un ejército, una constitución, una “cultura”, una “lengua”, un derecho, una economía, unos disvalores, etc.

Lo contrario del Estado nación jerárquico es el concejo o asamblea omnisoberana. Una vez desaparezca aquel, los concejos podrán materializar la libertad junto al prójimo.

Al tiempo que éstos podrán unirse si así lo desean para formar comarcas, tal como se hizo en Castilla con las *Comunidades de Villa y Tierra*. De esta forma se podrán cuidar y gestionar las tierras comunales como montes, prados, bosques, ríos, mares, etc. Tierras que son de todos los vecinos para su uso limitado y consciente, ya que han de perdurar infinitamente.

Ídem, las comarcas se pueden unir formando un Pueblo o país. Si bien la soberanía siempre reside en el sujeto y en la asamblea local; cimentada y asegurada a través de la milicia concejil.

En cuanto al momento actual, las CIRs asimismo se desenvolverán ante todo en el plano local y comarcal. Necesitarán establecerse en un lugar determinado, a la vez que establecer redes de intercambio y cooperación en su entorno cercano. Las comunidades que se edifiquen en la ruralidad y en las ciudades tendrán que vivir, prosperar y combatir primordialmente allí donde se formen.

Pese a que en las ciudades suponga una mayor dificultad, resulta indispensable establecer esas redes convivenciales a nivel de barrio, de la misma ciudad y de las poblaciones aledañas. En los entornos urbanos por suerte existen multitud de asociaciones y colectivos no institucionales con los que se debe cooperar y así potenciar lo popular; a la par que atraer a la revolución a nuestros semejantes, en especial a los jóvenes.

Las circunstancias sociales y materiales no harán sino empeorar, de modo que incluso por la mera supervivencia personal será crucial desenvolver estas redes locales-comarcales, o barriales-urbanas. Tanto en la ruralidad como en el campo tendremos que prepararnos y trabajar duro a fin de salir adelante; con el objetivo de autoconstruirnos, construirnos junto al prójimo y propagar la cosmovisión adecuada; para desarrollar los conocimientos y habilidades necesarias; con vistas a impulsar sistemas de cooperación y ayuda mutua; con el fin de sobrevivir, crecer, combatir y vencer.

Con certeza se ha afirmado que lo necesario es “*pensar en lo global y actuar en lo local*”. Esto no quiere decir que no sea urgente establecer relaciones, redes, acuerdos y alianzas con el resto de nuestros iguales; más aún si nos enfrentamos a un enemigo común, verbigracia el Estado español o la Unión Europea. Sino que la mayoría de nuestro actuar será en nuestro entorno natural de acción.

Desde este nivel local y comarcal enraizado en su entorno natural-cultural, nos podremos proyectar a otros niveles como el poblacional y el interpoblacional. Las decisiones de los concejos serán trasladadas por portavoces bajo mandato imperativo a las juntas comarcales, así como a las juntas poblacionales e interpoblacionales. De esta forma se garantiza que el concejo sea omnisoberano; se asegura la libertad y la democracia en sentido estructural.

Empero, ahora es el momento de trabajar en lo más básico: en la autoconstrucción personal, en la recuperación de la convivencia y el tejido social, en la preparación para la supervivencia en sentido individual y colectivo ante las tribulaciones, en la creación de comunidades como las CIRs, en la lucha por la defensa del comunal supérstite, en la restauración de la naturaleza y la ruralidad, en la colaboración y apoyo mutuo entre los sectores populares transformadores, y en la reedificación de realidades colectivas como el concejo, el comunal o la milicia concejil dentro de nuestras limitaciones históricas y estratégicas objetivas.

Aunque también hemos de desarrollar y definir la cosmovisión, metas y estrategia que concreten el camino a seguir. Tenemos que plantear un proyecto revolucionario integral viable; uno que sirva para reconstruir el mundo a partir de los escombros que produzcan el colapso de las sociedades hodiernas. Debemos proyectarnos al futuro con miras a luchar y tener alguna posibilidad de victoria.

Acordemos un Pacto

A la hora de formar una CIR se habrá de establecer un Pacto entre sus miembros. Es decir, un acuerdo voluntario mediante el cual todos los interesados conciertan las normas, valores y metas que determinarán la comunidad. Esta es la forma natural, civilizada y democrática de constituir una colectividad.

El objetivo ha de ser concretar los puntos centrales de la cosmovisión de los participantes, así como establecer las reglas de comportamiento elementales y las líneas estratégicas generales. Esto es, convenir unos puntos mínimos.

Éstos se han de explicitar con el fin de consolidar el proyecto colectivo; aunque no es imprescindible que sea por escrito. Pueden ser simplemente interiorizados; pero los miembros de la comunidad deben tener claras sus convicciones, moral y fines.

De tal modo que, una vez formada la fraternidad y creado el Pacto, todo aquel que pretenda unirse tendrá que comprometerse a cumplir dicho pacto; lo mismo que el resto de los miembros o hermanos. Si bien el Pacto es abierto y dinámico, ya que su esencia democrática y asamblearia le permite evolucionar al tiempo que la CIR.

Con anterioridad a realizar el Pacto, será preciso llevar a cabo un periodo de prueba, sobre el cual se trata en el siguiente apartado. Empero, antes de dicho periodo, igualmente se habrán de concretar ciertos puntos mínimos que estructuren el proyecto de formación de la fraternidad. O sea, ideas, ideales, valores y prácticas nucleares de la cosmovisión que une a los miembros. Lógicamente, una vez se inicie el periodo de prueba, estos puntos mínimos se irán desarrollando y definiendo progresivamente; hasta que, por fin, al acabar dicho periodo, se concreten en un Pacto.

El monacato cristiano revolucionario realizaba este tipo de pactos con vistas a delimitar a qué se comprometían los miembros de la comunidad, afianzar su determinación y formalizar-ritualizar simbólicamente el acto unitivo. Fue su genial respuesta civilizadora ante la debacle del mundo antiguo.

Como personas libres que eran, establecieron acuerdos por los que se comprometían a participar en algo grandioso, sublime y épico. Un movimiento revolucionario que junto a los Bagaudas, representantes de los Pueblos ibéricos prerromanos (mayormente Vascones), mutó en positivo nuestra historia.

Para ellos este pacto simbolizaba una unión trascendente, una que suscitaba respeto, estima, amor, entrega, esfuerzo, épica, longanimidad, desprendimiento y sacrificio. Representaba su capacidad de autogobierno, su transformador modo de vida y cosmovisión, así como su pasión por la virtud, la cultura y la valía de la persona común.

Sin embargo, con este Proyecto no se ha pretendido concretar un Pacto como tal, sino más bien facilitar su elaboración. La intención es que este escrito sirva de inspiración y pueda aprovecharse a la hora de plantear la constitución de una CIR.

De hecho, el anhelo de un servidor es que en los próximos años y décadas surjan multitud de comunidades diferentes, cada una con su respectivo Pacto. Éste debería reflejar las particularidades de cada fraternidad, así como las características e idiosincrasia singular de cada miembro.

Este proceso plural, y en parte anárquico, enriquecerá enormemente el proceso revolucionario.

Periodo de prueba

Este periodo probatorio no es imprescindible. Varias personas que se conozcan muy bien y confíen unos en otros, además de estar de acuerdo en lo fundamental, podrían decidir acordar un Pacto y crear directamente una CIR.

Pero esto es muy improbable. Por desgracia existen diversos factores que indican la necesidad de transitar un periodo de prueba: 1) la baja calidad del sujeto, pues todos hemos sido desustanciados y aculturados; 2) nuestra ostensible carencia de facultades relacionales y convivenciales; 3) el escaso desarrollo de la conciencia y la reflexión, incluso en los sectores más despiertos; 4) la gran dificultad intrínseca del proyecto; 5) la existencia de un contexto socioeconómico muy desfavorable, y en continuo empeoramiento.

Con que se torna cuasi obligatorio dicho periodo. Aunque éste no solo se ha de centrar en la preparación de la vida comunitaria. Más bien ha de convertirse en una fase de automejora y formación integral individual y colectiva, al tiempo que un progresivo autoexamen. De modo que si finalmente no se funda la CIR, el proceso haya sido igualmente provechoso y enriquecedor.

Este periodo probatorio no tiene per se una duración definida, depende de las necesidades específicas de cada futura CIR; a juzgar por los propios implicados. Si bien, de forma orientativa, podría durar entre 1 y 4 años.

Con el propósito de instaurar criterios de justicia e igualdad en el proceso, en este periodo se compartirán de manera equitativa los gastos y trabajos de la comunidad.

Así mismo, para que dicho periodo cumpla su cometido, han de trabajarse, entre otros, los siguientes aspectos: 1) potenciar la autoconstrucción individual, a la par que la construcción junto a los demás miembros; 2) desarrollar la convivencialidad y el comunalismo; 3) favorecer el autoconocimiento y el conocimiento mutuos, dado que resulta indispensable la confianza de unos en otros; 4) cubrir las necesidades básicas de sus miembros, y quizá emprender alguna iniciativa productiva en común; 5) relacionarse con su entorno y colaborar con otros proyectos para evitar el sectarismo y el enclaustramiento; 6) cooperar en la elaboración del Pacto y alcanzar finalmente un compromiso categórico y permanente.

Una vez concluido el periodo de prueba y acordado el Pacto, la CIR deberá plantearse la aceptación de nuevos miembros. Este es otro asunto a cerca del cual cada fraternidad tendrá que deliberar y decidir. Aunque se apuntarán algunas ideas.

Una opción es que la comunidad establezca un periodo probatorio fijo, verbigracia 2 años, para todo aquel que quiera unirse a ella. Durante este periodo también se mantendrá una relación equitativa entre la comunidad y el pretendiente, quien no se convertirá en miembro de facto hasta que la CIR lo decida unánimemente.

Otra alternativa es descartar el periodo de prueba fijo y que la fraternidad estipule la duración para cada caso particular. Entonces habría que concretar un periodo mínimo, por ejemplo 1 año, con objeto de que el pretendiente y la CIR se conozcan mutuamente, así como puedan determinar si están ambos listos para materializar la unión. Después de este periodo mínimo la comunidad podría alargar el periodo probatorio hasta que lo estipule conveniente. Hasta que eventualmente se llegue a un acuerdo unánime de admisión o se descarte el ingreso del aspirante.

Las condiciones que ha de reunir éste para ser admitido como nuevo miembro son las que delimita el sentido común, verbigracia: no formar parte de las élites poderhabientes estatales ni capitalistas, como tampoco de los cuerpos represivos (policías, ejército, etc.); sincera voluntad de formar parte de la CIR, autoedificarse, convivir y aportar en pos del bien común; estar de acuerdo con e interiorizar los principios y cosmovisión de la CIR; demostrarse una persona esforzada, humilde, con iniciativa, honesta, sacrificada, valiente y trabajadora, a la vez que capaz de convivir de manera comunal; etc.

En esencia, nuestros progresos personales y colectivos, nuestros logros, dependerán de nuestra voluntad, esfuerzo, autoexamen constructivo, y demás virtudes autoedificadas.

Apuntes sobre organización y algunas orientaciones generales

De todas las secciones del presente Proyecto para constituir CIRs, ésta es la más práctica. Se trata de aportar ideas concretas con el objeto de facilitar la fundación de estas comunidades.

Concretamente, en esta sección se procurará plantear algunos de los más relevantes sistemas, estructuras organizativas y directrices para el óptimo funcionamiento de las fraternidades.

Ahora bien, como ya se explicó, el proceso de conformación de la CIR será gradual. Así como cualquier otra iniciativa colectiva de esta magnitud, los pasos han de efectuarse progresivamente.

Cada comunidad se originará con unas circunstancias determinadas, con ciertas ventajas y desventajas, con diferentes necesidades individuales y colectivas. Así que el ritmo evolutivo de cada CIR lo marcarán las características y ritmos particulares de sus miembros, lo mismo que los propios atributos y peculiaridades de la interacción entre ellos.

A su vez, el desarrollo colectivo de factores como la convivencia, la autoconstrucción-construcción, el combate o la autogestión también necesitarán un largo y arduo proceso. De modo que la paciencia, el sacrificio, la templanza, el esfuerzo, la inteligencia y la fortaleza son claves.

Con que las siguientes son orientaciones generales a priori que propone un servidor. Mas cada individuo y cada comunidad tendrán que reflexionar, proyectar y generar su propia propuesta.

Es más, esta es una tarea en continuo desenvolvimiento. Igual que todo lo real, las comunidades humanas son dinámicas. Nunca llegarán a un estadio final ni estático. Porque la vida es un devenir.

Ergo las fraternidades se deberán ir automejorando; evolucionando conforme al contexto social. Se tendrán que adaptar a su entorno cercano, a las características particulares de sus miembros y a las necesidades estratégicas objetivas.

Si bien algunas de las siguientes proposiciones generales son de sentido común.

- Sin voluntad ni compromiso, nada funcionará. Todos los miembros tienen que estar seguros del camino que van a emprender, convencidos totalmente. La transcendencia del proyecto lo exige.

Por tanto, hay que conocerse bien. Antes de formar la CIR, se habrá de convivir el tiempo necesario, con el fin de que todos hayan tejido los suficientes lazos y confíen unos en otros, así como se autoconstruyan lo suficiente para ser capaces de vivir en comunidad. Este periodo de prueba consistirá orientativamente de 1 a 4 años, y durante éste se compartirán de manera equitativa los gastos y trabajos de la comunidad.

- A la hora de formar la comunidad se habrá de establecer un Pacto entre sus miembros. No es imprescindible que sea por escrito. Todos y cada uno de los miembros han de convenir el Pacto, sirviendo el periodo de prueba, o similares, como fase preparatoria y definitiva de éste.
- Dado que en esta primera etapa del proceso revolucionario las CIRs son de tamaño reducido y se enfrentan a un contexto muy adverso, han de estar muy cohesionadas. Por ello las decisiones más importantes han de tomarse por medio de acuerdos unánimes. Por ejemplo, al aceptar nuevos miembros o cuando surjan conflictos muy graves.
Para el resto de decisiones se primará el consenso, pero en su defecto se decidirá según la voluntad de la mayoría.
La horizontalidad asamblearia no significa ineficiencia y divagación. Se deben establecer normas operativas y mantener la determinación de llevar a cabo reuniones breves y concretas, con el propósito de tomar decisiones diligentes. Así que los puntos a tratar serán reflexionados, trabajados y debatidos a priori, como otra labor más de la vida cotidiana.
- Por la misma razón que en el punto anterior, las fraternidades han de fundamentarse en la comunidad de bienes. Es decir, todos los bienes de sus miembros, excepto los de uso personal, deben ser propiedad comunal.
- La comunidad de bienes supone que el patrimonio personal pertenece al conjunto de los miembros, *todo es de todos*, al tiempo que incluye el aporte de las ganancias o ingresos que se puedan conseguir. Este fondo común, igual que el resto de tareas importantes comunitarias, habrá de gestionarse de manera rotativa por cada miembro adulto anualmente. Y tras finalizar cualquiera de los compromisos anuales, el encargado efectuará un balance explicativo y autocrítico, a la vez que el resto de miembros analizarán la labor realizada.
Dicho fondo servirá para cubrir las necesidades básicas de los miembros, así como el resto de gastos productivos, sanitarios, formativos, revolucionarios, etc.
Una vez cubiertos dichos desembolsos, en caso de quedar un remanente y se considere idóneo, se puede repartir una pequeña cantidad dineraria a cada miembro para su uso personal.
- A pesar de que la CIR se fundamente en el amor, los problemas y conflictos son inevitables. Por consiguiente, es prioritario instituir una serie de normas de convivencia. Si bien no han de ser excesivas, pues debe primar la ética sobre la coerción.
También se debe trabajar la capacidad de aceptar los conflictos inherentes a la convivencia, afrontarlos desde la fraternidad, lo mismo que resolverlos con humildad, autoexamen y voluntad de reconciliación.
En caso de que se incumpla una norma, verbigracia, la de no insultar, o al no realizar una tarea como la encomendó la comunidad, se deben establecer a priori sanciones de carácter correctivo y pedagógico.

Así mismo, es primordial trabajar el autocontrol, la templanza, la honestidad, la disciplina, la empatía, la fortaleza y tener una comunicación fluida. Si algún miembro cometiera un agravio muy grave, se podría expulsar a éste de la comunidad temporalmente, o incluso para siempre.

- Se torna imperativo rechazar cualquier participación en las instituciones estatales, en especial en el ejército y otros cuerpos represivos. Es necesario negar toda autoridad y legitimidad estatal, junto al dominio capitalista. A la par que rehusar el dinero, en cualquiera de sus formas. Su uso debe ser el mínimo, hasta que se pueda eliminar.
- Es posible erigir CIRs en la ciudad o en entornos urbanos. Es más, deben de crearse en las próximas décadas, puesto que hoy día la mayoría de la población reside en aquellas. Muchas personas tienen allí sus amigos, familiares y raíces.
Empero, hemos de tener en cuenta que a largo plazo habrá que, con toda probabilidad, volver al mundo rural, pues en unos 50 años el colapso demográfico y el resto de crisis paralelas harán muy ardua, por no decir imposible, la vida en las grandes urbes.
A corto plazo será prioritario desarrollar aptitudes, habilidades y herramientas para sobrevivir y subsistir en las ciudades. Desde huertos y gallineros urbanos que potencien el autoconsumo, pasando por el reciclaje y reutilización de muchos productos y herramientas, hasta la creación de talleres artesanales, cooperativas y demás proyectos productivos individuales y colectivos.
- De modo que el futuro de la humanidad pasa ante todo por reconstruir la ruralidad. Es la única vía para recuperar la naturaleza, así como restituir lo humano. Hemos de vivir en equilibrio y armonía con nuestro entorno natural, siendo parte de nuestro ecosistema y no explotándolo.
Necesitamos recuperar los saberes populares rurales del pasado, complementarlos con los saberes del presente, e imaginar nuevas soluciones para los graves problemas que existen.
Los conocimientos, virtudes y facultades elementales en torno a la supervivencia serán decisivos. Aunque no lo precisemos de inmediato, desde un principio hay que prepararse en esta dirección.
- Esto está íntimamente ligado a otro asunto cardinal, la autogestión. Pero una autogestión integral. No se debe delegar en nadie, y menos en las instituciones estatales o capitalistas. Por lo cual apostamos por responsabilizarnos de todas las dimensiones de nuestra vida; teniendo en cuenta que consistirá en un proceso gradual y progresivo.
En el mundo rural nos sustentaremos gracias a la recolección, agricultura, pastoreo, silvicultura, apicultura, etc.
A su vez hemos de cubrir el resto de nuestras necesidades materiales básicas a través de la artesanía: para vestirnos, construir y mantener casas, fabricación de herramientas, carpintería, forja, etc.

Ídem autogestionar nuestra educación y salud. De ambas dimensiones se tiene que responsabilizar primero el sujeto y luego la comunidad.

- Ante la terrible lacra del trabajo asalariado e industrial, resulta urgente implantar el trabajo libre y autónomo; tanto en su modalidad individual como la colectiva. Esta última, basada en la ayuda mutua y en la equidad, más enriquecedora y eficiente. El trabajo manual o productivo no debería exceder las 6 horas diarias durante 4 o 5 días semanales. Y se debe complementar con el trabajo intelectual, unas 3 horas más. Éste, como se comentó, es indispensable para la batalla de ideas, el desarrollo de la cosmovisión, proyectar nuestra estrategia y la construcción de la futura sociedad. No obstante, como era tradición en los Pueblos ibéricos, los días festivos han de ser numerosos. En suma, que los días laborales no sobrepasen los 200 al año.
- Lo corporal también cuenta. La fortaleza, el vigor y la resiliencia física son claves. Si la faena productiva no nos exige lo suficiente físicamente, habrá que realizar ejercicio aparte. Idealmente en la naturaleza, optimizando nuestra capacidad de supervivencia. Por otro lado, es vital que despluguemos nuestra capacidad de autodefensa. Tanto hombres como mujeres debemos ejercitarnos en el combate con y sin armas.
- Resulta imprescindible desarrollar la cultura y sabiduría popular. Ante la destrucción planificada de la cultura propia de los Pueblos peninsulares y europeos, apostamos por reconstruir y desenvolver el conocimiento experiencial, el político en cuanto autogobierno integral, el moral, el jurídico en tanto que consuetudinario y popular, el espiritual respecto a la autoconstrucción-construcción del sujeto, el económico y comunal, el convivencial-afectivo, el productivo con fines extraeconómicos, el festivo, el sexual-reproductivo, el tecnológico como popular y en simbiosis con la naturaleza, el médico-curativo, el miliciano, agonista y estratégico, etc.
- Otro punto clave es recuperar la fiesta popular. Una fiesta basada en el disfrute de los bienes espirituales, como la convivencia, la hermandad, la belleza natural, la música, el baile, etc. Para ello podemos inspirarnos en nuestro pasado, aunque sobre todo hemos de crear un nuevo modelo de fiesta. Hemos de rechazar la fiesta, el ocio y las vacaciones contemporáneas, basadas en el individualismo egoísta, el hiperconsumo, la superficialidad y la inmoralidad. Nuestro tiempo libre, que ha de ser mucho, tenemos que dedicarlo a vivir integralmente. O sea, autoconstruirnos, convivir con el prójimo, aprehender el mundo, combatir, etc. y festejar. Pero festejar fraternalmente, con los amigos, familia y vecinos, de forma natural y humana; creando y aportando alegría, salud, baile, amor, belleza, música, pasión y vitalidad.
- En la Península ibérica todavía existe comunal. De hecho, algunos de estos bienes comunales tienen más de mil años. Son de un valor tremendo. Ergo según el contexto particular, es prioritario estudiar la posibilidad de usar y defender el comunal prevaleciente; a la par que recuperar el expoliado desde hace siglos por el Estado.

Entorno al comunal podemos abanderar una lucha por la ruralidad, la comunalidad, la naturaleza, la convivencia, la justicia, la igualdad y la soberanía local.

- Es perentorio adquirir y desarrollar capacidades estratégicas y tácticas. Debemos comprender nuestras circunstancias, qué ocurre a nivel local, comarcal, poblacional e interpoblacional. Tenemos que conocer a nuestro enemigo y sus atributos, así como los nuestros. Actualizar periódicamente nuestros análisis y tener claras nuestras prioridades.
Por ello necesitamos saber protegernos, proyectar nuestras metas, prosperar, luchar integralmente, planificar estratégicamente, arriesgar de manera inteligente y valiente, y saber vencer.
- Pese a que llevemos a cabo el combate de ideas, no se puede caer en el sectarismo. Debemos colaborar con otras comunidades similares y con otros proyectos compatibles, a fin de crear redes de apoyo mutuo. Como es obvio, no pueden tener relación estrecha con el Estado. Solo pueblo.
A su vez requerimos conectar con nuestros vecinos y las gentes de nuestro entorno cercano, en orden a establecer también redes de cooperación. Con que necesitamos estar con la gente, apreciar a nuestros iguales y valorar lo popular.
- Hay que examinar los aciertos y errores que se cometan tanto a nivel individual como colectivo, para hacer balance. Resulta esencial realizar un autoexamen periódico de la CIR y, si esta quebrara, acometer un análisis completo.
Todo ello se hace con la intención de mejorar personal y colectivamente, a la vez que sirve de aprendizaje para otras y futuras comunidades.

Otras propuestas adicionales

Naturalmente, a los anteriores puntos habría que añadir muchos otros. Mas por mor de la brevedad únicamente se indicarán algunos más. Pero asimismo profundizaré, a causa de su significación, en varios de los anteriormente comentados.

- + Ya se apuntó que uno de los mayores problemas, sino el mayor, al que nos enfrentamos es el demográfico. Por ende es decisivo que coloquemos la maternidad y la crianza en lo más alto de nuestras prioridades, siempre respetando la libertad reproductiva de la mujer.

Desde hace siglos en Euskal Herria instituyeron el *atsolorra* como sistema de apoyo a la mujer embarazada, y, en especial, durante la crianza; no obstante, éste era uno entre otros muchos similares. De tal manera que la maternidad y la crianza se convertía en un proceso colectivo, donde la mujer disfrutaba de una red solidaria intergeneracional de amigas, familiares y vecinas, las cuales colaboraban en dichas faenas.

La CIR entera ha de generar el entorno más favorable posible para que los niños nazcan, crezcan y se conviertan en personas de virtud.

- + En este sentido, la familia y el resto de la comunidad debe recuperar la gestión de la educación de los niños. Su formación desde los 4, 5 o 6 años de edad, preferiblemente al estilo socrático, en “clase” podrá ser de unas 3-4 horas diarias durante los meses más fríos del año, y consistirá en aprender a leer, escribir y las matemáticas básicas. Igual que en el estudio de la historia (con énfasis en la popular) y filosofía (ética y epistemología).

Si bien, cómo no, la mejor enseñanza se realiza a través del ejemplo. El resto del tiempo podrán jugar libremente, además de participar en las labores domésticas y productivas de la comunidad.

Desde de los 14 años aproximadamente los chavales deben ser capaces de decidir por sí mismos y pasar a tener el mismo trato que los adultos, con los deberes correspondientes. Es la edad en que de forma natural se convierten en hombres y mujeres.

A partir de entonces la autoconstrucción depende del individuo. Cada uno se hace cargo de su formación. Aunque se apoyará siempre que lo requiera en los demás, pues también es un proceso de construcción junto al prójimo.

- + A más, el desarrollo de la cultura popular debe ir acompañado del aprendizaje de la cultura clásica o erudita. La cultura popular está viva y nos imbuimos día a día en ella. Debemos recuperar todo lo positivo que podamos esta tradición popular al tiempo que crear nueva cultura en cada ámbito; véase música, pintura, arquitectura, poesía, etc.

En cambio, la cultura clásica es atemporal; necesitamos conservarla para sucesivas

generaciones. Es más, debemos estudiarla por su valor formativo insustituible. Ergo es determinante la creación de una biblioteca comunitaria la cual impulse la apreciación por los autores clásicos occidentales, lo mismo que los clásicos peninsulares. Mas también debe contener una amplia gama de saberes.

- + Una de las grandes barbaries de la actualidad es la situación en que se está dejando a los ancianos, incluso se les incita a quitarse la vida o se les mata directamente. Sin duda las CIRs plantean lo opuesto, ya que el aprecio por los mayores, así como por los niños, es primordial. A través de la apuesta por lo familiar e intergeneracional, hay que garantizar una vejez digna.

Las personas que constituyan la fraternidad tendrán padres de quienes quizá tengan que hacerse cargo una vez éstos no puedan hacerlo por sí mismos. En mi opinión, dado que en la comunidad todos somos *hermanos*, los padres de uno son de facto los *padres de todos*. Por lo que la CIR debe cuidar de sus mayores.

En su defecto, lo mínimo que se debería hacer es permitir y ayudar en todo lo posible a que cualquiera de sus miembros atienda a sus progenitores.

Así pues, resulta perentorio impulsar el aprecio y cariño por los mayores. Más aún, debemos preocuparnos y cuidar según nuestras capacidades a los ancianos de nuestro entorno. Sin embargo, tenemos que rechazar el buenismo y el paternalismo, pues todo individuo es responsable de llevar una vida convivencial, desinteresada, de servicio a los demás, en la cual valore la familia, la amistad y el resto de relaciones con sus iguales. Si una persona prefirió ser egoísta, asocial, inmoral, egocéntrico y estatolátrico, deberá asumir las consecuencias de sus acciones. No podremos solucionar milagrosamente la situación a la que ha llegado por sus propios deméritos, pero sí actuar lo más humanamente posible.

- + La manera de organizar la fraternidad, tomar las decisiones, a la vez que gestionar los asuntos y elementos comunes ha de ser asamblearia. Pero el uso de la asamblea ha de quedar restringido a los temas relevantes, los cuales han de ser reflexionados y preparados previamente por todos los participantes.

Debería ejecutarse una asamblea mensual, idealmente debajo de un árbol si el tiempo lo permite; ya que ha sido una tradición milenaria nuestra.

Además, es aconsejable que los asistentes la realicen de pie, a fin de que las intervenciones no sean demasiado extensas. De modo que muchas cuestiones de segunda y tercera importancia deben dilucidarse fuera de la asamblea, así potenciando la iniciativa individual.

- + La autodefensa tiene una dimensión individual y una colectiva. Toda persona debe desenvolver sus aptitudes con el fin de ser capaz de defenderse a sí misma tanto cuanto le sea hacedero.

Al igual que el resto de facultades humanas, ésta se mejora a través de la voluntad, el esfuerzo, la inteligencia y el sacrificio. Si se persevera en su práctica, se incrementa el

nivel de confianza, autorespeto, vigor físico, salud general, independencia, valentía, mismidad, etc.

Respecto a lo colectivo, asimismo habría que reservar un par de horas semanales al entrenamiento en autodefensa y combate de todos los adultos aptos para ello. El objetivo ha de ser la autocapacitación para conformar milicias guerrilleras que puedan operar según las necesidades estratégicas.

Como se ha explicado anteriormente, este entrenamiento físico se habrá de complementar con el intelectual; es decir, el esfuerzo reflexivo, la oratoria y el combate de ideas, el estudio de la historia y la filosofía, el análisis estratégico y la autoconstrucción personal holística.

- + Otro punto esencial es la autogestión de la salud. Esta debe enfocarse en la responsabilidad y capacidad del sujeto adulto en relación a su salud física y espiritual. La persona ha de confiar y desarrollar al máximo sus capacidades autocurativas y de resiliencia. Hay que seguir la expresión “sé el mejor médico de ti mismo”.

La medicina yatrogénica oficial es la más perversa, pues sirve a los intereses de las élites. Aunque ídem debemos rechazar la idea de que la medicina nos salva, por muy alternativa que sea.

Con todo, en ocasiones puntuales, cuando las capacidades innatas o los remedios de la medicina popular no sean suficientes, habrá que consultar a algún médico o experto. En este caso, el profesional estará al servicio del enfermo, el cual tendrá siempre la última palabra.

- + En los años venideros se puede vislumbrar un escenario de escasez material progresiva. Por un lado es bueno, debido a que nos habituaremos a dejar de consumir innecesariamente y nos convertiremos en seres frugales, aptos para convivir en armonía con la naturaleza.

Por otro lado, la destrucción y contaminación del medio ambiente, junto a la escasez de materias primas y de fuentes energéticas, plantearán grandes retos, puesto que requeriremos cubrir nuestras necesidades materiales básicas.

En consecuencia, habrá que desarrollar al máximo la creatividad a la hora de resolver los problemas que surjan, así como nuestras facultades para la supervivencia.

Si bien hemos de tener claras nuestras prioridades. Una de ellas ha de ser la interdependencia con nuestro entorno, lo que nos impulsará a reforestar, reconstruir lo natural y desenvolver una simbiosis sostenible para ambos. Y otra son las metas trascendentes que nos marquemos, como la libertad, la transformación del mundo, la verdad finita, el amor de facto, la virtud autoconstruida junto al prójimo, etcétera.